

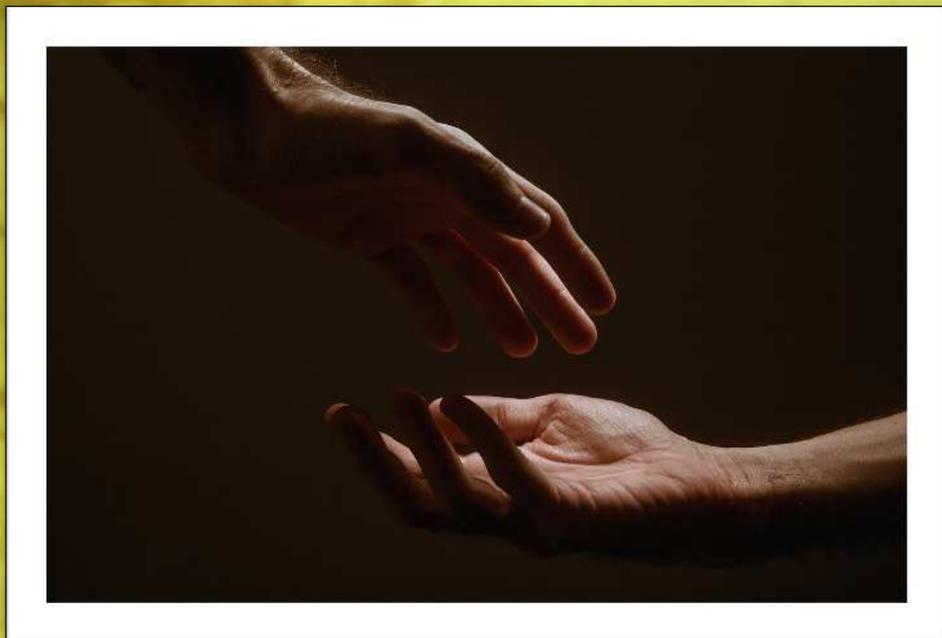
Forum .com



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación

– papeles de
formación continua –



Cuenta lo que has visto

Nº 187 - 24 de octubre de 2021

Índice

<u>Este número</u>	<u>3</u>
Cuenta lo que has visto	
<u>Retiro</u>	<u>4</u>
Apasionados por la vida	
<u>Formación</u>	<u>10</u>
En casa de san José	
<u>Comunicación</u>	<u>23</u>
Iglesia, comunicación y periodismo	
<u>Carisma</u>	<u>35</u>
El pastor y evangelizador de la Saboya	
<u>Pastoral Juvenil</u>	<u>39</u>
Cuenta lo que has visto y oído	
<u>La Solana</u>	<u>44</u>
Valor sanante de la esperanza	
<u>Educación</u>	<u>48</u>
Raíces y alas	
<u>Lectio divina</u>	<u>64</u>
El esperado de las gentes	
<u>El Anaquel</u>	<u>68</u>
El sínodo: comunión, participación y misión	
<u>Historias de probada juventud</u>	<u>72</u>
Aquella primera clase	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época

Delegación Inspectorial de Formación

Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé

Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

► Este número

Cuenta lo que has visto

E

ste de octubre se celebra el día del Domund. El lema, inspirado en el mensaje del papa Francisco para la jornada, es “Cuenta lo que has visto y oído”. Este mismo motivo se cuelga en la portada de este número de forum.com, que nos trae también el pregón que para esta cita misionera ha pronunciado, en la catedral de Toledo hace unos días el televisivo chef Pepe Rodríguez. En un momento de su intervención nos interpela a todos cuando afirma: “Como hay muchos estilos gastronómicos, hay muchas maneras de evangelizar, así que no solo cada misionero en un país lejano, sino cada uno de nosotros, cristianos, en nuestra situación corriente y moliente, podemos decir, como nos recuerda Francisco: ‘Yo soy una misión’”.

La misión salesiana y el estilo carismático que hemos heredado de san Juan Bosco nos interpelan. La formación y la permanente actualización, a la que sirve este subsidio, contribuyen a depurar nuestro estilo misionero con el paso de los tiempos. No nos contentemos con a comida rápida... exploremos las recetas de autor. ¡Buen provecho!

¡Buena lectura! ¡Buen día de las misiones!



Mateo González Alonso

“Apasionados por la vida”

Fidelidad y perseverancia en nuestra vida religiosa

Samuel Segura, SDB

1.- Motivación-encuadre

El lema de la Campaña Pastoral (¡y el objetivo general 2021-2022 de nuestra programación inspectorial!) es: “Apasionados por la vida”. El objetivo general, además, nos propone: “*Vivimos con pasión nuestra vocación* para ser fieles al Señor y testimoniar con nuestras vidas la alegría del Evangelio”. Aunque es un objetivo inspectorial para todos, salesianos y seglares, nosotros, como consagrados, tenemos una especial responsabilidad en cumplirlo.

En el año de la Vida Religiosa, se definió a esta como una *pasión por Dios y por la humanidad*. Apasionados, buscadores de Dios, si no vivimos *con pasión* nuestra condición de religiosos consagrados salesianos... ¡estamos muertos en vida!

La vivencia vocacional a medias tintas, poniendo una vela a Dios y otra al diablo... termina en un *abandono* vocacional: o bien marchando de la Congregación, o bien permaneciendo dentro con el corazón fuera o simplemente como un cómodo refugio para sobrevivir.

La vivencia apasionada de la consagración religiosa resulta de la combinación de dos elementos: fidelidad y perseverancia. La primera lleva implícita la segunda... pero no siempre la segunda implica la primera. No siempre la perseverancia es señal de fidelidad vocacional.

Desde estas claves expresadas, se ofrece la reflexión del retiro de este mes del curso 2021-2022.

2.- Abandonos: realidad y síntomas

Hablamos brevemente de abandonos de la vida consagrada. Este fenómeno sigue siendo preocupante desde hace ya decenas de años por lo frecuente: en los últimos años, son unos 3.000 como media al año los religiosos y religiosas que abandonan. Por lo que se refiere a nuestra Inspectoría de Santiago el Mayor, han sido una docena los hermanos que han dejado la Congregación.

Hay otros *abandonos* más numerosos, pero que constituyen desde el cielo una gloria para la Inspectoría: los 132 hermanos que han fallecido en estos siete años, número que sin duda se ha visto acrecentado por el fenómeno de la pandemia.

Las *causas directas* de los abandonos, aunque no es siempre fácil hacer el diagnóstico, suelen ser *de tipo afectivo* (relaciones que llegan al punto de hacer difícil la perseverancia en la vocación), *de tipo relacional* (dificultades de convivencia, pérdida de sentido de pertenencia, choque con los superiores...) o *de tipo psicológico* (malestar, pérdida de ilusión, excesivas expectativas que no se ven cumplidas...).

Hay *factores externos a la vida religiosa* que pueden ser causas directas o indirectas de los abandonos: un *contexto cultural y social* de lo fragmentario, lo provisional; el *consumismo*, el *relativismo práctico* que juzga todo en función de la propia autorrealización, la *búsqueda* del éxito, el dinero, el placer fácil.

Y también hay *factores internos a la vida religiosa* que no ayudan precisamente a una perseverancia en fidelidad, y que en tantas ocasiones ha denunciado el Papa Francisco: *"la rutina, el cansancio, el peso de la gestión de las estructuras, las divisiones internas, la búsqueda de poder en el gobierno de comunidades e institutos enteros (oscilando entre el autoritarismo y el dejar hacer), la mundanidad... ¡todo ello provoca tristeza, hace morir la sana alegría!"*, -nos dice el Papa.

Pero no es el centro de esta reflexión considerar el punto final de la pérdida de la *pasión* en la vida religiosa, representada por el abandono de la vida religiosa. Tampoco lo es el examinar las razones por las que algunos hermanos, cada uno con sus circunstancias personales, nos han abandonado. El centro de la reflexión está en nosotros, los que permanecemos, los que continuamos. La vocación es un tesoro a cuidar para que nadie nos lo robe o pierda su belleza con el pasar del tiempo. Es un don que cada uno de nosotros ha recibido y que está llamado a asumir con responsabilidad en primera persona, y con el compromiso de un crecimiento continuo.

Y esto tiene que ver con nuestra *perseverancia en fidelidad* en el día a día. La vida religiosa solo se puede vivir con autenticidad y felicidad desde esa pasión que Dios ha suscitado en nosotros cuando nos ha llamado. Y esa pasión, ese estar *apasionados por la vida* a la que Dios nos sigue llamando, se traducen en el día a día en la fidelidad y la perseverancia vocacional.

3.- Fidelidad y perseverancia

La *fidelidad* es una virtud esencial en toda *relación* interpersonal; la *perseverancia* es una virtud específica del *tiempo*. Ambas, son un auténtico desafío para todo religioso. Es fiel quien conserva, conjuntamente, la memoria y el presente; y esto es lo que le permite ser perseverante en el tiempo.

La fuente de nuestra fidelidad está en Dios. Solo se puede reconocer y conseguir la propia fidelidad a partir de la fidelidad de Aquel que es el Fiel por antonomasia, que siempre nos ha sido y nos será fiel. La perseverancia, por otra parte, solo puede ser sostenida desde una *memoria Dei*, es decir, desde el reconocimiento y el recuerdo agradecido en el tiempo, por nuestra parte, de la actuación del Señor en la propia vida.

Dios es fiel a la humanidad y a cada ser humano. Así se ha mostrado, perseverantemente, a lo largo de toda la historia de la salvación. Primero, con el pueblo de Israel; después con la Iglesia y la humanidad entera. Cristo es el *icono* perfecto de la fidelidad. La Biblia nos muestra que, a pesar de las infidelidades del ser humano o del pueblo elegido, Dios ha permanecido fiel, y ha restablecido con la humanidad, una y otra vez, su Alianza de amor y amistad. Y lo ha hecho de forma definitiva, perseverante, hasta el final de los tiempos, en Jesús el Señor, ser humano y fiel al Padre hasta la muerte. En Él, Dios nos ha reconciliado y perdonado, nos ha concedido la vida eterna.

¿Y nuestra fidelidad a Dios? Es una fidelidad que no la podemos conquistar con nuestras solas fuerzas: proviene de Dios y está fundada en el “sí” de Cristo. Y así como la fidelidad en las relaciones humanas se alimenta con el encuentro interpersonal, del mismo modo, la fidelidad a Dios se alimenta con el encuentro personal con Él. Un Dios que ya habita en nuestro interior por la fe y el bautismo recibidos.

¿Y nuestra perseverancia? Debemos perseverar en el tiempo, a través de la *memoria* y la *esperanza*. La *memoria* de los días felices de encuentro con el Señor, de aquella época feliz de entrega, de cuando todo era luminoso. Una memoria que debe resultar especialmente necesaria “cuando el diablo nos ataca con las tentaciones, con los vicios, con nuestras miserias”, nos dice el Papa Francisco. Y la *esperanza*, para seguir caminando “en la carrera que nos toca, fijos los ojos en Jesús que inicia y consuma hasta el final nuestra fe” (Cfr. Hb 12,12). Solamente mirando la meta, fijos los ojos en él, es posible la perseverancia. Don Bosco hablaba de la fidelidad “hasta el último aliento”. Cuando en nuestra vida falta esa perspectiva de esperanza, esa mirada a la meta, o se considera que ya nada cabe conseguir, todo se hace difícil y vacío de sentido. Y la perseverancia en la vocación se vuelve algo inconsistente.

Fidelidad y perseverancia cuadran perfectamente en la práctica cuando el *amor* es total, exclusivo, estable y perenne; y lo que mueve al consagrado es la entrega total e irrevocable a Dios y a la causa del Reino. Un amor que “llega a los más íntimos y profundos recodos de la conciencia y se expresa prácticamente en una entrega total de

la vida al único y supremo amor; al amor de Dios y de los hermanos, que de él se deriva y forma una sola cosa con él”, decía San Pablo VI, en la *Evangelica testificatio*.

Fidelidad y perseverancia se implican mutuamente. La fidelidad perseverante en el tiempo, necesariamente es una fidelidad creciente, creativa. ¡Aquello que se quiere conservar, se ha de actualizar continuamente! Esto requiere discernir y llevar a cabo en la práctica qué es lo que, en la vida religiosa institucional y en la vivencia religiosa personal, debe cambiar. Y qué es lo que debe mantenerse. La relación de amor con Dios en Cristo, esencia de la vida religiosa, lo mismo que la relación de amor en pareja propia del matrimonio, solo persevera fielmente en un itinerario de progresiva y renovada fidelidad. En nuestro caso como salesianos, se expresa en una fidelidad a Cristo, a la Iglesia, a la congregación, a la misión entre los jóvenes (¡y por tanto, a los jóvenes de hoy!), en todas y cada una de las etapas cronológicas de nuestra vida (de ahí la perseverancia).

“En la fidelidad y perseverancia, sobre todo en los que acumulan ya muchos años de vida religiosa, tiene mucho que ver los cambios tan grandes que se han producido en la Iglesia desde el Vaticano II y el proceso de secularización. La fidelidad se basaba en aquellos años previos en el hábito, el horario, la disciplina, la liturgia, los hábitos de convivencia, la misión... La vida religiosa ha sufrido los cambios que han provocado la cultura moderna y posmoderna: una sociedad líquida, una cultura de lo provisorio, una fidelidad frágil y amoldable a las necesidades particulares. Por eso, es explicable que hermanos que han identificado la fidelidad a la propia profesión con aquellas tareas o compromisos concretos, cuando todo aquello parece dejar de tener importancia, se planteen ahora la perseverancia en la vocación. Y especialmente cuando la autenticidad de la vida religiosa se centraba en el *hacer*, y llega un momento en la vida en que por las condiciones personales de salud o de situación social, ese hacer se reduce a la mínima expresión: ¿qué tiene entonces el religioso para sustentar su propia condición como tal, si no ha vivido previamente su condición de testigo de Dios, la intensidad de una vivencia y experiencia de relación con Dios?” (*Felicitísimo Martínez*).

Sin embargo, ¿se puede, en la vida religiosa, *perseverar en la infidelidad*? En principio, o teóricamente, parece un contrasentido: la perseverancia es una cualidad indispensable de la fidelidad, porque quien no persevera en la vocación, deja de ser fiel a la misma. Pero es cierto que ni todas las perseverancias son sinónimo de fidelidad, ni todos los abandonos son el resultado de la infidelidad.

El religioso está invitado a ser testigo de una vida unificada y abierta, garantizada desde la adhesión personal a Dios. Pero cuando esto no sucede, se puede, en la práctica, *perseverar en la infidelidad*. Puede ser una infidelidad palmaria, como sucede en los casos que terminan en el abandono de la congregación. Pero suele ser más frecuentemente una infidelidad hecha de pequeñas concesiones, de falta de entrega y

compromiso, de evasión de las obligaciones comunitarias, de escape del contacto con los destinatarios, de búsqueda de rincones personales de autorrealización, etc.

“Cuando desaparece o se debilita la dimensión teologal en la vida consagrada, el tiempo se convierte en el mayor enemigo del religioso. Y da lugar a la *acedia religiosa*, hecha de vacío de sentido, tristeza incrustada en el alma, soledad deshabitada... y consiguiente abandono. A veces, *abandono de la vocación, sin abandonar la comunidad, la congregación*. El cuerpo sigue dentro de la institución, mientras el alma ya está fuera. Es una falsa y hasta dramática perseverancia sin verdadera felicidad” (*Felicísimo Martínez*).

¿Qué es por tanto lo que significa e implica en la práctica para nosotros, salesianos, ser y estar *apasionados por la vida, o vivir con pasión nuestra vocación?*”. Pues vivir, en perseverancia fiel y creativa, el camino de santidad que tenemos trazado en nuestras Constituciones Salesianas. Tenemos en nuestra congregación muchos modelos de santidad. Hermanos salesianos que han vivido apasionadamente su vocación. Algunos de ellos, hasta entregar su vida en contexto martirial. Otros, viviendo en clandestinidad, en regímenes totalitarios, en actividades misioneras de riesgo, en contextos extremos de pobreza... Nosotros *todavía no hemos llegado a la sangre* en la vivencia de nuestra vocación. Pero que las circunstancias sean más favorables para nosotros, no es excusa para que vivamos lánguida o acomodadamente nuestra pasión por Dios y por la misión salesiana.

También nuestra propia comunidad precisa de la perseverancia en fidelidad de cada uno de nosotros. Nuestro ejemplo y testimonio construye o atomiza la vida de comunidad; favorece o desmerece la perseverancia de cada uno de sus miembros en el camino personal y comunitario de adhesión a Cristo. Todos somos corresponsables de la fidelidad y perseverancia de los hermanos. La calidad de la vida fraterna incide poderosamente en la perseverancia de cada religioso, y viceversa. Para bien y para mal. Para construir y alimentar la pasión apostólica de todos... o para alimentar y provocar el abandono de algunos. Abandono externo de algún hermano, producido (no solo, pero también en algún grado) por el abandono interno de algún hermano que persevera sin fidelidad.

La perseverancia se consigue pidiendo al Señor en la oración la gracia de la fidelidad, y asumiendo nuestra propia responsabilidad como personas consagradas. Y *la alegría profunda es el fruto lógico del esfuerzo diario de fidelidad creativa a la propia vocación*. La alegría de vivir perseverando, aún en medio de las dificultades del camino humano y espiritual y de las tristezas cotidianas es así un anticipo del Paraíso que nos prometió Don Bosco.

La alegría es algo más que un mensaje a transmitir desde el carisma salesiano. Los jóvenes y seculares quieren ver en nosotros, *salesianos consagrados, personas felices* en la vivencia de su vocación. Felices en cada etapa de su existencia, en etapas de intensa

actividad, igual que en aquellas de mayor dificultad por la edad, la enfermedad, las limitaciones o el tipo de misión encomendada. Al igual que a los jóvenes, Don Bosco nos quiere también a los salesianos felices en el tiempo y en la eternidad. Y ello pasa, sin duda, por una vivencia apasionada de nuestra vocación. El “estad siempre alegres” de Don Bosco es en primer lugar una obligación para cada uno de nosotros como salesianos, antes que un mensaje que transmitir a nuestros jóvenes. Los motivos que en nuestra vida nos causan tristeza, más allá de las preocupaciones ordinarias de nuestro trabajo, en el fondo tienen que ver con la poca autenticidad de nuestra fidelidad y perseverancia.

María, la más plenamente consagrada a Dios, perseveró en fidelidad: desde la Anunciación... hasta la muerte en cruz de su Hijo... ¡Y posteriormente acompañando a la Iglesia hasta el final de su propia vida! María es la que, en el Magníficat, proclama: “se alegra mi espíritu en Dios mi salvador”, porque la alegría es el fruto lógico de su perseverancia en fidelidad.

4.- Para la reflexión personal

- *Repaso*, en clima de oración, el transcurrir de mi vida como salesiano consagrado, deteniéndome especialmente en los *momentos* en que he sido más feliz-fiel, y en aquellos de dificultad y debilidad de mi fidelidad y perseverancia. Doy gracias a Dios por su presencia en unos y otros momentos.

- *Discierno*, en oración de petición al Señor, qué debo cambiar y mejorar en mi vida en este momento, de cara al nuevo curso, para *seguir siendo creativamente fiel* a mi vocación, a los hermanos de comunidad, a los destinatarios de mi casa.

- *Examino* el grado de felicidad con el que vivo y expreso mi vida religiosa en la comunidad y con los destinatarios de mi casa. *Detecto* qué circunstancias o situaciones me producen tristeza, dejadez, acedia... y amenazan el vivir apasionado mi vida y mi misión.

Formación

En casa de san José¹

Miguel Márquez Calle, OCD²

Yo creo que todos hemos tenido alguna vez una secreta y viva curiosidad por cómo sería la casa de aquella Sagrada Familia de Nazaret. ¿Cómo sería la casa de José? ¡Quién pudiera trasladarse por unos minutos, o unas horas, al recinto familiar e íntimo donde vivieron María, Jesús y José! Acostumbrados como estamos ahora a poder viajar a cualquier parte sin necesidad de movernos, y reconstruir los ambientes originales, no nos es difícil soñar con la imaginación, para acercarnos más al misterio de José y de María. Coincidiendo con el Año de San José convocado por el papa Francisco, en estas páginas³ me vais a permitir soñar y dejar hablar al corazón, imaginando las principales habitaciones de la casa de san José, tomado en este sentido metafórico, vital. Una excursión al alma de este gran hombre, figura brillante en la sombra, decisivo en su no apropiación, eficaz mientras deja que su paso sea para dar valor y sentido a las vidas de Jesús y de María.

La casa de **José** es su intimidad, su hondura, a través de la cual él mismo nos quiere conducir a nuestras propias estancias interiores. Igual que el discípulo **Juan** recibió desde aquella hora a **María** en su casa (*eis ta idia*), como propia, como suya, en su interior; nosotros también podemos hacer un camino en la casa de José hacia nuestra propia intimidad.

Pongo mi pie en el umbral y me siento invitado a un ámbito donde no se me fuerza a nada, y, sin embargo, como por extraña paradoja, respiro la urgencia, sin demorar un minuto más, de comenzar a resolver la crucial tarea de lo esencial, de lo simple. La sensación del brillo de lo auténtico y lo común. Como si, por fin, encontraras ese lugar

¹ Pliego publicado en la revista 'Vida Nueva' núm. 3.238 (18-24 de septiembre de 2021).

² Nuevo preposición general de la Orden de los Carmelitas Descalzos.

³ El artículo está concebido como un diálogo con el lector. Originalmente, se trata de una propuesta de retiro para un día de silencio, y está adaptado aquí a modo de artículo. Lo esencial lo he ido compartiendo en varias revistas. Te invito a leerlo en un diálogo con un José vivo y cuidador ahora de cada uno de nosotros, de todos.

añorado donde se aúnan pobreza y poesía; ausencia de sofisticación y elegancia; trabajo intenso y acogida sin condiciones.

Voy a invitarte a recorrer las estancias de la casa de José, advirtiéndote que no será una visita turística. A la vez que entras en su casa, notarás, por increíble que parezca, que estás reconociendo tu propia casa y verás, como en un espejo, la alegría de tener casa, el gozo de sentir que tu casa es digna y es hogar para Dios y para el peregrino. José es en la Iglesia el que nos construye la casa, y la guarda y la cuida.

Podemos reconocer en José esa habilidad que tenía **Jesús** para curar el paso y la mirada de la gente herida, y devolverles a sí mismos con una sensación inexplicable de sentirse por fin en casa, sin huir de su realidad; tal era el milagro que muchos descubrían en sus ojos, y que yo también he vivido. Eso encontré yo en la casa de José, nada que hiciera juego a un interés periodístico o superfluo de curiosidades inútiles. Por eso, dejo de lado la grabadora y la cámara; todo lo que tiene que ver con José no se posee, tan solo se recibe como don.

Visitaremos cinco estancias, que ya te indico por si quieres visitarlas en el orden que prefieras:

1. **Habitación del silencio:** en la que aprendemos a **escuchar**.
2. **Habitación de la noche:** en la que se hace patente el **sueño de Dios**.
3. **Habitación del trabajo:** en la que el **amor** se hace **creativo e ingenioso**.
4. **Habitación del acompañamiento:** en la que nos convertimos en **padres y madres de la vida**.
5. **Habitación del camino:** en la que recuperamos la **disponibilidad** perdida.

1. HABITACIÓN DEL SILENCIO

Silencio de palabras

Lo primero que impacta al acercarnos a José es el silencio que lo envuelve todo. Apenas dicen nada los evangelios de él, no pronuncia palabras, actúa; y su actuar es su palabra. (La palabra fundamental es la vida que se entrega. La palabra más importante que Jesús pronunció fue su silencio en la cruz, el *Verbum crucis*). La calidad de su silencio encierra un profundo respeto; aunque no comprende, no juzga el misterio que germina en la entraña de María. Guarda el secreto y se echa discretamente a un lado. José es un recinto de silencio que nos invita a descalzarnos de palabras inútiles y protectoras, y adentrarnos en el misterio de la vida y del ser humano sin precipitación, enfrentando el miedo a lo que no conocemos de nosotros mismos, de Dios, de la vida y de los otros. Habitualmente, necesitamos la etiqueta o el juicio, para domesticar y amansar lo que nos inquieta, por desconocido, del otro. Hay un silencio atrevido, valiente, hondo y

real, que no nos deja resguardarnos tranquilos refugiados en lo sabido, en lo seguro. Muy pocos se atreven con este silencio de José: tenemos miedo a la verdad que nos des-ordena, des-centra, des-coloca, desplazándonos y redireccionándonos, sostenidos y guiados por el plan que Dios vaya sugiriendo. Todos los planes de José se recrearon en el hermoso suelo de su silencio virgen.

Si nos atrevemos a preguntarle a José por este silencio, él mismo nos invitará a callar, parar y escuchar nuestro propio ruido interior y nuestra velocidad (el silencio solo es posible cuando escuchas y acoges tus ruidos y ritmos, tu verdad). Surgirán mil excusas para distraerte, pero no te desanimes, escucha tus desarmonías y adéntrate en la *atención amorosa* a ÉL, a lo que ÉL es en ti en este momento, en medio de múltiples distracciones e interferencias, vuelve constantemente a esta verdad de su mirada y presencia en ti.

Porque es cierto (quiero ser sincero), tengo mil excusas contra el silencio del que me habla José en su casa, lo reconozco. Pienso, por eso, que no es, sobre todo, un esfuerzo mío, sino una gracia que pido y espero. Me doy cuenta de que mi servicialidad y disposición para ir y venir no siempre encierran una entrega y disponibilidad limpias, libres de mí; tantas veces esconden aceleración y huida del silencio incómodo y despojador. Hay formas de pobreza interior, vacíos y sequedades que nos aterran y, sin embargo, son condición de posibilidad real para volver a engendrar vida nueva, imaginación, frescura, perspicacia creadora...

Silencio interior

Tanto si era carpintero como si realizaba otro oficio artesanal, no era el suyo un silencio ideal, carente de ruidos y chirriar de puertas. No un silencio monástico (con fondo de música de ángeles o gregoriano). Se trata del silencio de una casa normal: ruido en la cocina, ruido del niño, ruido en el trabajo, ruido en la calle, ruido de inquietudes, incertidumbres y preocupaciones. Pero, sin duda, en medio de todo eso, un silencio atento, que escucha cómo la vida pasa, y en todo es Dios en todo el que pasa. Hay un silencio interior en medio del afán diario, hay una atención unificada del alma en el caos aparente y, con mucha frecuencia, la Voz oportuna nos alcanza dentro, en la raíz, justo cuando la agitación y la tormenta más acosan nuestra barca.

Don de Dios

José hablaría muchas cosas en su vida, pero el evangelista, deliberadamente, le hace silencio. Un silencio que forma parte del plan de Dios y es don de Dios a su vida. Un silencio, como el de María, preñado de sentido y de dirección hacia una fecundidad más allá de sí. Silencio evocador y creador de posibilidades de vida alrededor. Silencio

que es espacio para la acogida de la vida y escucha del amor gratuito de Dios, de su iniciativa desbordante. El silencio en que se ancla la raíz de la existencia cristiana: el loco amor de Dios encarnándose, la gran Palabra que deja en silencio a José y le hace a él mismo, en toda su vida, verbo silencioso que se deja habitar y conducir. Su mismo existir es expresión y reflejo del don de Dios, inmanipulable.

Silencio de poder varonil

1. José cede el protagonismo a la iniciativa de Dios: ‘Haz esto, haz aquello, vete, vuelve...’. Obedece. Esta obediencia activa es silencio del poder del hombre y tiene que ver también –teológicamente– con la maternidad virginal de María, ‘sin concurso de varón’. Se hace presente la gratuidad de Dios a través de una fuerza que no cuenta, ni resulta digna de atención para la mentalidad patriarcal de la época. La virginidad de María deja en silencio el poder del hombre, cuando pretende hacerse protagonista imprescindible y exclusivo, y se revela la soberana fuerza de Dios, que siempre cuenta con lo insignificante y humilde.

Un silencio para la escucha...

Más allá del dolor, de la sequedad y del gusto, el silencio lleva a José siempre hacia el querer de Dios “más adentro en la espesura” (**Juan de la Cruz**, CB 36), hacia una fuente que mana y corre, *aunque es de noche*. El silencio se hace oído atento del latir de Dios en cada cosa.

2. HABITACIÓN DE LA NOCHE

Esta habitación oscura de la casa de José guarda un secreto que hay que descifrar, un secreto que tiene que ver con la inquebrantable fidelidad de Dios a José, y la íntima fidelidad de José a Dios: *el secreto del rey*. En el santuario interior, la noche envuelve un regalo de luz para el que sabe esperar y ver. No ver no es falta de fe.

El no ver de **Pablo**, derribado por la luz en el camino de Damasco, es camino de salvación. En la vida de José, como en la de María, hay un ‘no ver’ que forma parte de la ‘peregrinación de la fe’ en absoluta disponibilidad y docilidad, no tiene todas las claves del camino emprendido. Se fía. A oscuras, da un paso en la noche. Sigue la voz de Dios y del ángel que le conduce donde, como y cuando él no sabe.

Avanza obedeciendo en oscuridad de fe desnuda. El camino de José y de la Iglesia pasa más por esta noche del dejarse hacer y del fiarse, que por la claridad segura de quien cree ver.

En secreto: 'sin ser notado'

Lo dice tan bien Juan de la Cruz en su *Noche oscura del alma*⁴: “En la noche dichosa *en secreto*, que nadie me veía, ni yo miraba cosa, sin otra luz y guía sino la que en el corazón ardía”.

José no hace el juego del ‘orgullo herido’, no le mueve un ‘impulso egocéntrico’. Mira hacia ella, hacia María, su esposa, y resuelve hacer algo sin convertirse en juez, tratando de evitar el aguijón de las miradas ajenas. Decide echarse a un lado, para que la verdad salga a luz por sí misma, para que el misterio se muestre en el tiempo oportuno, cuando Dios quiera. No hay defensa, no hay excusa. El silencio exento de justificación por parte de María, tiene como compañero fiel el silencio no enjuiciador de José. Dos silencios en complicidad, que provocan el asombro de Dios y nos siguen sobrecogiendo profundamente. Este secreto forma parte de una de las actitudes más elegantes y auténticas del camino cristiano (‘salí sin ser notada’, dirá también Juan de la Cruz): “Hacer lo que no trae cuenta, ni será agradecido” (Julián Marías).

En los sueños (desvelamiento del profundo deseo de Dios y del hombre)

Lo expresa bellamente el himno del Oficio Divino: “La noche no interrumpe tu historia con el hombre. La noche es tiempo de salvación. De noche, por tres veces, oyó Samuel su nombre; *de noche eran los sueños tu lengua más profunda*. La noche es tiempo de salvación”.

Hay un realismo necesario que nos enraíza en la vida, que nos compromete con la vida. Pero hay un realismo ciego que mata los sueños, que condena a lo inmediato, que anula la capacidad de creer lo imposible. En ese caso, el realismo está enfrentado a la capacidad de soñar; el pragmatismo, a la fantasía creadora. En los sueños todo es posible: las murallas de la suspicacia y de la racionalidad –prudentemente equilibrada– son derribadas, lo inverosímil se hace verosímil; y te das cuenta entonces de que es cierto, de que “*para Dios nada hay imposible*”.

De manera que el sueño de Dios se hace presente en nuestro propio sueño, impulso irresistible, removedor, que arrostra dificultades que en otro tiempo parecían insalvables y que ahora, aun reconociendo los propios miedos y los obstáculos, se

⁴ Juan de la Cruz, *Noche oscura del alma*, estrofa 3.

presentan como vencibles y allanadas. **Goliat** sigue siendo Goliat, pero a **David** le ha nacido una confianza que hace insignificante la prepotencia de cualquier Goliat de turno. El sueño de Dios en José es más poderoso que todo el realismo de **Herodes**, el llanto de un niño en brazos de María y de José hace tambalearse un imperio. Sueña José el sueño de Dios y a la historia le nace un camino de salvación en la tierra de las opresiones e injusticias. Así fue entonces y así es hoy.

En la sombra

En la insignificancia, la *inapariencia*, el ocultamiento voluntario. Se oculta a los ojos de los demás, y se descubre y da la cara para lo que importa. Está allí donde se le necesita. San José se pierde en la sombra de la no ambición, desaparece a los ojos comerciales y publicitarios y se entrega en cuerpo y alma a una tarea, a una sola cosa. José vive en carne propia la historia del grano de trigo. Se hace 'inútil', como tan bien explica el papa **Francisco** en la carta apostólica *Patris corde*, con motivo del 150º aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal: "Un padre que es consciente de que completa su acción educativa y de que vive plenamente su paternidad solo cuando se ha hecho 'inútil'..." (PC 7).

Edith Stein escribe en la Epifanía de 1940: "Los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que debemos agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo experimentaremos en el día en que todo lo oculto será revelado"⁵.

El prototipo de esas almas a las que se refiere Edith Stein es san José. Podemos reflexionar también, a la luz de san José, con el comentario de Juan de la Cruz de la canción 29 del *Cántico Espiritual*, una de esas páginas de sus escritos especialmente iluminadoras: "Pues ya si en el ejido de hoy más no fuere vista ni hallada, diréis que me he perdido; que, andando enamorada, me hice perdidiza, y fui ganada".

"2. Donde es de notar que, en tanto que el alma no llega a este estado de unión de amor, le conviene ejercitar el amor así en la vida activa como en la contemplativa. Pero, cuando ya llegase a él, no le es conveniente ocuparse en otras obras y ejercicios exteriores que le puedan impedir un punto de aquella asistencia de amor en Dios, aunque sean de gran servicio de Dios, porque *es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas.* (...) Al fin, para este fin de amor fuimos criados. Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho *más provecho harían a la Iglesia y mucho más*

⁵ Edith Stein, "Vida escondida" y "Epifanía", en *Obras Completas*, vol. V, p. 637, Burgos, Vitoria, Madrid, coediciones.

agradarían a Dios, dejado aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración, aunque no hubiesen llegado a tan alta como ésta. Ciertamente harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño”.

Las estrellas

Esta habitación tiene una peculiaridad: a través de su techo se ven las estrellas. En toda noche hay estrellas que brillan y tintinean deslumbrantes. Algunas hace millones de años que se apagaron y nos sigue llegando su luz. Hay estrellas en el firmamento de nuestros días que se convierten en modelos e ideales tan deseables como intocables; estrellas fugaces, efímeras. No vale la pena dejar la mirada prendida en ellas. Otras, sin embargo, son decisivas para apuntar sendas que orientan más allá de sí mismas. Como la estrella de Belén. Tras haber conducido a los Magos hasta el portal, desaparece, ha cumplido su cometido.

José se compara a esas estrellas que no se quedan en su propio brillo, que conducen y desaparecen y, por eso, más que estrella, parece sombra que arroja la vida que se le ha encomendado. Se pierde en la sombra para ganarse en el cuidado de otros, obedeciendo la voz del ángel: “Toma contigo al niño y a su madre” (Mt 2, 13). Y siendo sombra en vida, es convertido en estrella que guía a la Iglesia de todos los tiempos.

Alumbra ocultándose. Es vocación de escondimiento plasmada en la espiritualidad de Nazaret, que es sinónimo de vida oculta y dedicación a las tareas sencillas de la vida cotidiana en la contemplación del paso de Dios. **Carlos de Foucauld** sería un claro exponente de esta espiritualidad. **Isabel de la Trinidad** también habla de este anhelo de escondimiento y abajamiento. Y se refiere a un lugar tan escondido que nadie irá allí a buscarla. Y entonces, en ese lugar, podrá adorar⁶.

Nos sobrecoge cómo Dios opera la irradiación misteriosa de estrellas que no brillan a los ojos de las gentes. La luz que viene de los que están ocultos y no necesitan exhibirse. De los que no esperan nada a cambio. Lo expresa bella y sabiamente, siglos antes de Cristo, **Lao Tse**, y son palabras que leemos referidas a José y que se convierten en espejo y pregunta para nosotros: “... El Sabio abraza la Unidad, y se convierte en Modelo de todo cuanto se halla bajo el Cielo. No se vanagloria, y por eso brilla; no se justifica, y por eso es conocido; no proclama sus capacidades, y por ello merece confianza; no exhibe sus logros, y por eso permanece. No rivaliza con nadie, y por ello nadie compite con él. Ciertamente, no son palabras vanas el antiguo dicho: ‘Inclínate,

⁶ Isabel de la Trinidad, *Últimos Ejercicios*, día 8, n. 21.

y estarás completo'. Más aún: si has alcanzado realmente la plenitud, todas las cosas acudirán en tropel a ti"⁷.

"Quien se exhibe a sí mismo no brilla. Quien se justifica a sí mismo no obtiene honores. Quien ensalza sus propias capacidades no tiene mérito. Quien alaba sus propios logros no permanece"⁸.

Salimos de esta habitación con la sensación de haber sido aleccionados fuertemente en el desprendimiento de nosotros mismos, comprendiendo cuán torpes somos al pretender honores humanos y cuánto tiempo perdemos en la dirección equivocada de los aplausos huecos. José nos ha liberado también de esta sed de recompensas fáciles. Y nos ha invitado a recuperar la confianza del trabajo hecho sin esperar premios, desprendidos del fruto de nuestras propias acciones.

3. HABITACIÓN DEL TRABAJO

José era conocido por sus conciudadanos como un hombre normal, un trabajador. "San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo... La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el trabajo" (*Patris corde*, 6).

En la mística cristiana no es lo extraordinario lo que da valor a las acciones y a la vida del santo o del creyente, sino el amor callado. No hacer nada especial. Amar. No oscilar: he ahí la santidad. Vivir integrados y reconciliados en el presente, haciendo desde lo que se es y unificados en el hacer y en el no hacer, en la actividad y en el descanso. "Que ya solo en amar es mi ejercicio" (Juan de la Cruz, *Cántico B* 28).

La profundidad de todo lo humano se revela en el trabajo de José. En ese sentido, no es más importante un rato de oración que un rato de trabajo, la importancia no está en el tipo de actividad que llevamos a cabo, estar aquí o allí, en esto o en lo otro, sino en cómo y desde dónde. La calidad del 'ser' en cada momento y en cada acción. La calidad con la que vivimos las más insignificantes y ocultas acciones, y las más visibles y llamativas. No es más digno ser ministro que albañil, obispo que monaguillo: las jerarquías humanas –también mal nombradas dignidades– no responden a la verdadera dignidad de la persona, son categorías humanas equívocas. Según el evangelio, lo que dignifica la vida es el amor, primero el que recibimos de Dios y también el que somos.

⁷ Lao Tse, *Tao Te Ching* 22.

⁸ *Ib.*, 24.

Hay personas que no hacen nada, o que hacen poco y están estresadas, y personas que se multiplican y están unificadas. El trabajo no se mide por la productividad o la eficacia –que son importantes en términos numéricos–, sino por la calidad de la entrega, la verdad, la sintonía y la dedicación íntima al objeto del trabajo. Es decir, por el amor.

En esta habitación aprendemos que nuestro trabajo ha de ser fuente de humanidad y dignificación. José se santificó haciendo algo común, sin milagros, sin consuelos fáciles, sin brillo, escondido y amando su tarea cotidiana, acompañando a Dios en la nueva creación.

4. HABITACIÓN DEL ACOMPAÑAMIENTO

La confianza

El valiente no es, sobre todo, el que se siente fuerte, sino el que tiene confianza y fe. Nadie se pone en pie si no confía. En esta habitación se nos regala la experiencia de volver a la confianza primera. No se puede entender la vida de José si no es a la luz de esta clave de confianza.

Y no se puede acompañar la vida, si no se confía en Otro más fuerte. El camino siempre es superior a nuestras fuerzas (1 Re 19, 7). José es suelo de confianza para Jesús desde la paternidad que vela, sostiene, alienta... La confianza no se genera sin experiencias humanas de apoyo gratuito e incondicional. La confianza de Jesús tiene mucho que ver con la presencia real y cuidadora de José. El mismo José vive su propio proceso de confianza: “José, no temas tomar contigo a María...” (Mt 1, 20).

A semejanza y diferencia de **Abrahán**, José no sacrifica a su hijo único. Sacrifica su propio modo terreno de entender, a favor de la novedad de Dios; una lógica diferente, paradójica. José sacrifica su apropiación de un hijo y asume cuidarlo como propio, sin ser suyo. Ha entregado el hijo antes de tenerlo, se ha desprendido de él y –de esa forma– lo ha hecho aún más suyo. Lo ha cuidado como si hubiera salido de sus entrañas.

Confianza llena de paciencia, hasta que Él quiera, guardando también en su corazón todas aquellas cosas, como María. Como el barco espera que suba la marea, José: “Sabe esperar, aguarda que la marea fluya –así en la costa un barco–, sin que el partir te inquiete. Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya; porque la vida es larga y el arte es un juguete. Y si la vida es corta y no llega la mar a tu galera, aguarda sin partir y siempre espera, que el arte es largo y, además, no importa”⁹.

⁹ Antonio Machado, *Consejos*.

El Espíritu

Es el auténtico artesano de todo proceso de acompañamiento. José mismo se deja llevar por ese Espíritu y acoge su acción misteriosa en el seno de María. “Lo engendrado en ella viene del Espíritu Santo” (Mt 1, 20). Hay que escuchar de tal modo en las entrañas de cualquier otro que vislumbremos la acción del Espíritu, sin usurpar su papel director. Escuchar con la paciencia y maestría de quien sabe que, incluso más al fondo de todo caos, de toda oscuridad, el Espíritu aletea suscitando una nueva creación. Con esta confianza José se pone en camino.

Nacimiento de Dios

“Daré a luz un hijo” (Mt 1, 21). El objetivo de este itinerario es el nacimiento de Jesús, el nacimiento de Dios en esta tierra, dirán algunos místicos. Y a José le ha tocado cuidar, velar, sostener y, probablemente, acompañar de cerca todo este alumbramiento, haciendo las veces de matrona. Si reconstruimos la composición literaria de Lucas, lo más probable es pensar en José al lado de María en el mismo momento de dar a luz. Preciosa estampa que, tal vez, tengamos que rescatar para entender más plenamente todo este proceso de José como padre de la vida que nace. Podemos imaginar la incertidumbre compartida con María, la angustia vivida por el improbable y dudoso acomodo. La sorpresa, el llanto, el júbilo, la inmensa alegría. Y a José lavando el cuerpo, que tiritita, del recién nacido, envolviéndolo en pañales y entregándoselo a su madre.

Nos convertimos –como José– en padres y madres de la vida cuando entendemos que esta es la más alta dignidad del ser humano y la más bella experiencia: el nacimiento de Dios en nuestra historia, en nuestra carne. Nacimiento que no se da sin matrona, sin compañía, sin hermanos que ayuden a alumbrarla en fidelidad al Espíritu Santo. En esta tarea, no solo la madre es imprescindible, también necesitamos tener padre; no es una necesidad infantil, es el corazón de la experiencia orante y vital de Jesús en tantos momentos, cuando se oye una voz esencial: “Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto” (Mc 1, 7-11). Jesús está enraizado en la experiencia regeneradora de *Abba*, y responde siempre *Ajen Avi* (Sí, Padre). “En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres (*Patris corde*, 7).

Nombrar

“Le pondrás por nombre Jesús” (Mt 1, 21). Nombrar es hacer única a la persona, darle identidad. El nombre más importante es con el que Dios nombra mi vida. Quien

acompaña tiene la hermosa tarea de vislumbrar y descubrir la identidad que, a la luz de Dios, define el camino del discípulo, del hermano, del hijo. Aprender a nombrar a las personas desde la escucha profunda del corazón, desde la escucha de la mirada con que Dios me mira.

“Cuando se ama a alguien, se le da nacimiento, se le da confianza en sí mismo, se le muestra lo hermoso que es, se le revela la fuerza amorosa que hay en él y su capacidad de dar vida”¹⁰.

Buscar

“Tu padre y yo te buscábamos angustiados” (Lc 2, 48). Jesús, como todos los hijos no evitó la angustia de sus padres. Tener hijos es pasar por la incertidumbre y el desasosiego de vivir una prolongación de las propias entrañas más allá de sí, arrojadas en el peligroso mundo. Y en todos los procesos de pérdida, de ruptura y oscuridad por los que todo ser humano pasa, igual que José hizo, nos toca volver a buscar la oveja perdida con paciencia renovada una y otra vez, para ayudar a volver a casa. No la casa de la dependencia, sino la del crecimiento en libertad.

Saber marchar y dejar marchar

Nunca es tan lúcido el maestro como cuando sabe echarse a un lado, nunca se es tan madre y padre como cuando se deja marchar, sin retirarse, sin despedirse, porque llegó el tiempo de echar a volar la vida. Criar es para hacer crecer, no para retener egoístamente. (“Tus hijos no son tus hijos, son hijos e hijas de la vida... aunque estén contigo, no te pertenecen. Deja que la inclinación en tu mano de arquero sea para su felicidad”, **Khalil Gibran**, *El profeta*). En un momento de la historia, José desaparece como había vivido, sin hacer ruido. Sencillamente, no aparece más. Ha concluido su tarea. Es este uno de los momentos más delicados, difíciles y hermosos del acompañante, y José lo vuelve a hacer sin dejar rastro de sí. “Hay que aprender a amar como una hoguera bien encendida, sin dejar rastro ni huella de nosotros mismos” (**Shunryu Suzuki**).

En esta habitación aprendemos a ser padres y madres de la vida acompañando al Espíritu Santo, que actúa en cada criatura y es el verdadero artífice del crecimiento interior hasta el nacimiento de Dios, que acontece permanentemente en el camino de la vida.

¹⁰ Jean Vanier, *La fuente de las lágrimas*, Sal Terrae, Santander 2004, p. 86.

5. HABITACIÓN DEL CAMINO

En esta habitación terminará nuestra visita, pero termina abriéndonos a un camino sin fin.

Disponibilidad para emprender el camino

Disponibilidad para la escucha de un ángel inesperado, para la acogida de una gestación insospechada en mi propia vida o en la vida de otro cercano. Esto supone capacidad de asombro y apertura a la sorpresa: “No temas recibir a María y al niño en tu casa, y cuidar de ellos” (cf. Mt 1, 20).

Invitación real a creer en los procesos de renacimiento en el corazón de los cercanos. Nunca nos conocemos suficientemente, aunque sabemos nuestros tics y manías, pero no nos es fácil sacar brillo y estrenar la fe en que otro cercano, incluso estéril, inútil, torpe, enfermo, duro de corazón, etc. esté viviendo –en sus entrañas– un nuevo nacimiento de Dios.

Igual que María precisó la cercanía protectora, en vela de José, hay quien necesita cuidadores de la vida que está por nacer, auscultadores en la noche, arropadores que caldeen el frío que amenaza con abortar la vida que, implacable y milagrosa, está para ser alumbrada hoy.

Frente a la desconfianza y los resabios que pasan esquivando sin rozar la vida del otro, cuestionar nuestras vidas comunitarias y familiares, en las que a veces nos respetamos hasta el punto de no rozarnos; viajes en paralelo, en distancia respetuosa, pero carente de complicidad. O al revés, cercanías asfixiantes, agobiantes, que estropean la confianza y malogran la naturalidad y la sana autonomía.

¿Yo creo que Dios puede hacer emerger la vida nueva en las entrañas de cualquier otro que conmigo va? ¿Aplico esta fe para que sea posible ese calor que sostiene y favorece el milagro de la vida? Incubar en la fe audaz y valiente la vida de todo otro. “La niña no está muerta, está dormida” (Mt 9, 24; Lc 8, 52).

Saturados como estamos de proyectos, que comprimen la agenda de actividades, todas ellas importantes e inexcusables... Agobiados por preocupaciones que se agarran como la hiedra a nuestra respiración, caemos en la trampa de lo accesorio y descuidamos la mirada al centro, la llama de amor viva, la simplicidad del corazón, el sabor del presente gratuito, la confianza audaz y, sobre todo, la disponibilidad para decirle a Dios: “Aquí me tienes, ¿en qué puedo ayudarte?, haz de mí lo que quieras”.

Aprendemos en esta habitación que no nos basta ninguno de los ‘sí’ que dimos en el pasado, y que la clave de los que aman de veras es la disponibilidad en el instante

presente, no mañana ni ayer. Hemos visto a José atento en la noche para obrar el querer de Dios y ponerse en camino, ligero de equipaje. Hacemos nuestro el pasaje de Mt 2, 13-23 (huida a Egipto y regreso), habitando y protagonizando la acción y el dinamismo de los verbos que el texto señala. Mirándolo con detenimiento y sin prisa, al ritmo de José, iluminaría, tal vez, algunos acentos que ahora serían sanadores y activarían la necesidad de apertura a otra calidad de vida en fe y confianza, en salida. José fue hombre siempre en salida y en disponibilidad, en fe y en dejarse hacer y conducir.

En estos tiempos, la figura permanentemente viva de José se nos hace imprescindible y oportuna para dar sentido a una forma siempre nueva de vivir y dejarnos realizar.

Volvamos una y otra vez sobre las habitaciones de la casa de San José, para dejarnos enseñar por él. Nunca acudiremos a su casa sin salir de allí iluminados en algo que necesitábamos con urgencia, para ser José, para ser padres y acompañar la vida sin miedo y con ternura.

José, enséñame a ser cuidador y acompañador sin titubeos de los que me son confiados. Que les sienta yo ser en mi cuidado, Jesús y María, únicos, irrepetibles. En esta hora de mi vida, de la vida del mundo, me reconcilias con ser padre. Me estremece y sobrecoge la difícil tarea, y me conforta, abrazándome, tu amistad y complicidad de hermano y compañero. A la vez que yo me dejo también ser hijo del Padre en Jesús, te tomo como maestro que me educas y enseñas a ser padre de cada uno de los que Dios me regala, también igualmente de los que no conozco y de los que no saben hasta qué punto son hijos e hijas de Dios, en las sombras de la vida.

Comunicación

Iglesia, comunicación y periodismo¹¹

Jorge Oesterheld

Durante los últimos años, individuos e instituciones eclesiales han multiplicado su acceso a los más diversos medios de comunicación. Sin embargo, este despliegue de recursos y oportunidades no siempre ha supuesto una mejora de la Iglesia a la hora de comunicarse, con la sociedad y en el seno de las propias comunidades. Escribía el papa Francisco en su reciente mensaje para la Jornada de las Comunicaciones Sociales de 2019 (2 de junio) que “el contexto actual nos llama a todos a invertir en las relaciones, a afirmar también en la red y mediante la red el carácter interpersonal de nuestra humanidad”. Pero antes no estaría de más reflexionar sobre algunas cuestiones urgentes que plantea la relación ciertamente compleja entre Iglesia, comunicación y periodismo.

Cuando aparece en la escena mediática un personaje de la Iglesia católica que resulta interesante para los medios y se posiciona con una fuerza y una identidad propias, habitualmente se encienden las alarmas en el resto de la institución. Ese personaje puede ser un cura de barrio, algún laico que sobresale por algún motivo o el mismo Papa; en cualquier caso, se convierte en un elemento que genera alguna incomodidad. ¿Será porque con su actuación o sus palabras pone en evidencia cierta mediocridad que lo rodea? ¿Será que la Iglesia como institución, al igual que casi todas las instituciones, se siente atacada o puesta en tela de juicio cuando alguno de sus miembros se presenta con perfiles propios?

Desde el primer momento en el que **Francisco** apareció en el famoso balcón vaticano, su figura se convirtió en el centro de un enorme remolino mediático. También desde esos primeros instantes algunos comenzaron a ponerse en guardia y otros empezaron a manipular esa imagen. ¿Qué se escondía detrás de ese argentino sonriente y de zapatos maltrechos? ¿Cuáles era sus verdaderas intenciones? ¿Qué pretendía ese

¹¹ Pliego publicado en la revista ‘Vida Nueva’, núm. 3.117 (9-15 de febrero de 2019).

hombre que decía que quería “una Iglesia pobre y para los pobres”? ¿Hacia dónde se dirigía la nave de **Pedro** dos veces milenaria?

Rápidamente, **Bergoglio** fue comparado con otros líderes globales, pero más insistentemente comenzó a comparárselo con los demás obispos, con sus antecesores en la silla de Pedro, con cualquier cura o cualquier laico. Las simplificaciones mediáticas dejaban a todos los demás actores eclesiales en un evidente “fuera de juego”, por usar una metáfora futbolística. Para ser honestos, hay que decir que el mismo Papa construyó en buena medida su imagen, forzando esa comparación entre su manera de ser y la del resto de sus hermanos en el sacerdocio o en la fe. Seguramente, actuó sin ninguna otra intención que la de cumplir fielmente su ministerio, pero las comparaciones eran evidentes y, como afirma el dicho popular, las “comparaciones son odiosas”.

Desde muchos sectores se comenzó a decir que “ahora sí” la imagen de la Iglesia había cambiado, y se anunció una nueva época en la relación entre la vieja institución y un mundo a merced de una globalización sin rumbo. No hubo que esperar mucho para escuchar voces que señalaban que “ese Papa” era más escuchado y respetado fuera de la Iglesia que dentro de ella. Sin embargo, más que modificarse la imagen de la Iglesia, se modificó la imagen del papado; y, por comparación, la Iglesia quedó en desventaja. La deslumbrante imagen de la cabeza puso de manifiesto la medianía del resto del cuerpo. Cuando a eso hubo que sumarle los escándalos protagonizados por numerosos clérigos, se cerró el círculo: en un extremo, un Papa brillante; y en el otro, una institución opaca.

¿Acaso el papa Francisco, con su novedad y su frescura, terminó devorado por la implacable maquinaria mediática? ¿El resultado final de sus actitudes y sus palabras fue contraproducente para el mensaje de la Iglesia? La respuesta a estas preguntas es, a mi juicio, un “no” contundente y convencido. En primer lugar, porque Francisco aún no “terminó” y “el resultado final” todavía está por verse; y, en segundo lugar, porque las categorías mediáticas no sirven para medir estos fenómenos.

En cualquier caso, es legítimo hacerse esas preguntas. Es más, son preguntas urgentes para quienes no estamos “a la altura” del Papa que tenemos; son preguntas que no están destinadas a interpelar al Papa, sino que nos deben interpelar a quienes queremos seguir fielmente a Pedro por los difíciles caminos que está transitando. Son cuestionamientos especialmente graves y urgentes para quienes tenemos alguna responsabilidad en el vasto y complejo campo de la comunicación en la Iglesia.

Sin instrumentos

En los últimos años, una multitud de individuos e instituciones eclesiales ha tenido la posibilidad de acceder a los más variados medios de comunicación. Hace muy poco

tiempo era inimaginable disponer de la cantidad y calidad de los medios con los que hoy cuenta la Iglesia. Los instrumentos de comunicación se han multiplicado de forma exponencial, aunque ese enorme despliegue de recursos no siempre ha mejorado la comunicación con la sociedad ni en el seno de las comunidades.

Quizás una imagen puede iluminar la situación actual: cuando un avión sufre un desperfecto y su tripulación ya no cuenta con el radar, se dice que debe volar “sin instrumentos”; pero si dispone de todo el instrumental que le provee la tecnología y no tiene los mapas, también queda solo en manos de la capacidad del piloto. En la actualidad, en el ámbito de las comunicaciones, muchas instituciones y personas de la Iglesia parecen un avión volando “sin instrumentos” por falta de mapas; se cuenta con extraordinarios recursos tecnológicos, pero falta un mapa conceptual que permita orientarse, se carece de orientaciones, definiciones, objetivos, ideas.

¿Para qué queremos las páginas web, los canales de televisión, las radios, las revistas, las redes sociales y muchos otros instrumentos? ¿Para qué organizar oficinas de prensa o comisiones de comunicación? ¿Para qué sirven los vídeos, los tuits, los *post*? ¿Para qué un portavoz, cuándo hacer un comunicado, cuándo una conferencia de prensa? Las preguntas se pueden extender hacia muchos asuntos, y es suficiente recorrer por unos momentos lo que se publica desde los medios de la Iglesia para comprobar la dolorosa ausencia de una reflexión sobre estas cuestiones.

El último documento importante que ha producido la Iglesia para orientar la pastoral de las comunicaciones es *Communio et progressio*, del año ¡1971! Desde entonces, ha habido mensajes de los papas para las jornadas mundiales de la comunicación y algunas declaraciones sobre aspectos concretos como la publicidad, las redes sociales u otras cuestiones, pero no existe una reflexión profunda y sólida sobre lo que significa la comunicación para la Iglesia.

Está de más decir que se trata de una ausencia de orientación sobre el fenómeno social más importante de las últimas décadas. Un fenómeno que está transformando todos los ordenes de la vida humana. Multitud de instituciones y los gobiernos del mundo gastan millones y muchísima energía para comprender lo que ocurre en las sociedades debido a las transformaciones en el universo de la comunicación. Es muy grave esa ausencia teniendo en cuenta lo que está en juego, pero, por otra parte, es comprensible: la Iglesia es una institución muy especial y ya no es posible una respuesta desde Roma a todas las preguntas. En el ámbito de la comunicación, fundamentalmente, las respuestas solo se pueden ir encontrando, en primer lugar, a nivel local.

Hace pocos años, un obispo me dijo que iba a crear una oficina de prensa en su diócesis porque en la curia había un muchacho que sabía usar muy bien el ordenador. Le expliqué que se trataba de una tarea delicada y que no era suficiente la buena voluntad de su colaborador.

Como era de esperar, me dijo que no tenía recursos económicos para destinar a “ese tema”. Le pregunté si le encargaría a alguien de buena voluntad la construcción de su catedral o si le confiaría la contabilidad de la diócesis a alguien que no fuera un profesional. Comprendió, se sonrió, pero no encontró una respuesta.

No es posible enfrentarse al mayor desafío pastoral que tiene la Iglesia en este tiempo solamente con la buena voluntad de heroicos colaboradores. Es verdad que muchas universidades y centros de estudios del mundo entero están trabajando sobre estas cuestiones, pero aún falta el paso siguiente: la iluminación de los pastores. La reflexión pastoral, como su mismo nombre indica, es la que tienen que hacer los pastores. Sin duda, con la colaboración de asumir este reto con toda seriedad. Las transformaciones institucionales exigen enormes esfuerzos de comunicación. Especialmente, en una institución de las dimensiones de la Iglesia católica es necesario que los cambios sean muy bien transmitidos, sobre todo si se pretende realizar esa transformación con una amplia participación de los diversos miembros del Pueblo de Dios.

La inmensa tarea que se está llevando adelante desde Roma tropieza con más dificultades en los medios de comunicación llamados “católicos” que entre los separados. Por ejemplo, para diseñar un proyecto de comunicación, es necesario preguntarse por un proyecto de Iglesia y, a su vez, ese proyecto de Iglesia está en relación con la visión que se tenga de la sociedad concreta en la que cada comunidad desarrolla su actividad. También por este motivo es necesario comenzar “de abajo hacia arriba”, partiendo desde las comunidades más pequeñas.

Las diócesis, como la unidad en la que se experimenta toda la riqueza de la vida de la Iglesia, es el ámbito primero y principal. Es en las diócesis, en las parroquias y en las demás todos los peritos que consideren comunicadores ajenos al ámbito comunidades en donde se experimenta necesarios, pero hay una palabra que deben pronunciar ellos y que no pueden delegar en nadie. Son los pastores los que deben ofrecer ese mapa conceptual en el que sea posible orientarse.

Quizá sea el tiempo de un sínodo sobre la comunicación humana. Una convocatoria amplia en la que los numerosos expertos en esta materia puedan asesorar a los pastores y generar un aporte teórico que sería de utilidad también para quienes no pertenecen a la institución eclesial. No solo en el ámbito eclesiástico se carece de orientación, en general las personas que se mueven en los medios tienen más preguntas que respuestas sobre ese sorprendente proceso que ellos mismos protagonizan.

La dificultad

Decir que se trata de “un tema complejo” ya no es suficiente, parece una excusa. Precisamente por la presencia en la Cátedra de San Pedro de un “Papa global”, decidido a enfrentar con valentía los enormes desafíos de la Iglesia, se hace urgente

eclesial. Con excepción de aquellos medios que dependen directamente de la jerarquía, la mayoría representa diversas corrientes de pensamiento que forman parte de la vida misma de la Iglesia. Esa diversidad de puntos de vista es muy amplia y de una gran riqueza, pero no es el escenario mediático el lugar indicado para resolver las diferencias de opinión.

Por otra parte, es obvio que fuera de la Iglesia existen intereses de todo tipo dispuestos a perjudicarla a través de ataques mediáticos, pero eso escapa al control de la institución eclesial y no debería ser motivo para responder con las mismas armas, ni para instalarse en una constante actitud defensiva. Tampoco los ataques externos pueden condicionar o postergar un profundo debate pastoral sobre el fenómeno contemporáneo de la comunicación.

La auténtica dificultad para asumir con audacia este tema radica en las múltiples implicaciones que tiene. Un debate sobre todo aquello que implica la comunicación afecta a otras cuestiones diversas que no se pueden aislar y considerarse por el encuentro más directo con las realidades no eclesiales. Ese contexto “exterior” a la vida cotidiana de las comunidades eclesiales no es solo un territorio destinado a una acción evangelizadora. Antes que eso, son aquellas realidades con las cuales hay que dialogar, con las que es necesario establecer relaciones enriquecedoras, con las que hay que comunicarse.

A partir de la vida de las comunidades concretas es como las regiones o conferencias episcopales pueden ir reflexionando y fortaleciéndose mutuamente; a partir de ahí es como se van explicitando criterios o fomentando actividades. Esa reflexión y ese trabajo deberían ser el punto de partida para una deliberación más amplia y abarcadora. Precisamente porque se está viviendo un proceso globalizador, es necesario comenzar por lo local.

El universo de la comunicación

Una de las tareas más urgentes es comprender todas las dimensiones que tiene en la actualidad el término “comunicación”. Es habitual, aún en nuestros días, que por “comunicación” se entienda “todo lo está relacionado con los medios” y, de esa manera, se reduce y tergiversa el sentido de la actividad eclesial en este campo.

La mencionada instrucción pastoral *Communio et progressio* hace ya muchos años distinguía algunos niveles diferentes cuando hablaba de “comunicación”. Por ejemplo, diferenciaba entre la tarea de una Comisión de Comunicación, que debía atender las cuestiones pastorales, y el trabajo de una Oficina de Prensa, que debía ocuparse de la relación con los medios. Se trata de dos quehaceres muy distintos y con objetivos bien diferenciados. Independientemente de la necesaria coordinación que debe existir entre

ambos ámbitos, es evidente que confundirlos lleva a graves distorsiones en la relación con los medios y paraliza la pastoral de la comunicación.

Solo cuando se desconoce el funcionamiento de los medios se puede pretender que una misma oficina, o una misma persona, lleve adelante ambas tareas. El fenómeno de la comunicación social es mucho más amplio que “la relación con los medios” y más amplio aún es el concepto de “pastoral de la comunicación”. No es lo mismo organizar una conferencia de prensa que un retiro espiritual para comunicadores, son diferentes públicos, contenidos, metodologías y objetivos. No es lo mismo gestionar determinados conflictos inevitables con determinados periodistas que “anunciarles la Buena Noticia”.

También es necesario tomar conciencia de algo básico: detrás del término “comunicador” se esconden varias actividades y profesiones, en ocasiones muy distantes unas de otras. Se trata de dos profesiones diferentes la que desarrolla un animador de televisión que la que lleva adelante un periodista; no hace lo mismo un comentarista deportivo que un diseñador gráfico; tampoco el editor de un periódico que el animador de una red social. La lista puede extenderse, pero lo enunciado alcanza para comprender que la palabra “comunicador” hace referencia a actividades muy variadas. Cada uno de esos ámbitos requiere un abordaje diferenciado y una reflexión específica.

Especialmente importante es diferenciar entre “los comunicadores” y aquellos profesionales que son periodistas. No todo comunicador hace periodismo. El periodista puede trabajar en la prensa escrita, radiofónica, televisiva...; o puede especializarse en la fotografía o en los medios digitales. En cualquier caso, su trabajo consiste en descubrir acontecimientos o investigar temas que sean de interés público, contrastarlos, sintetizarlos, jerarquizarlos y, finalmente, publicarlos.

Para hacer su tarea, el periodista utiliza sus fuentes de información y, a partir de esos datos, elabora productos, que pueden tomar varias formas: artículos escritos, expresiones orales, visuales o audiovisuales.

Algunos se especializan en economía y otros son corresponsales de guerra; algunos se dedican a la política y otros a la moda. Algunos invierten su tiempo en problemáticas religiosas y otros en chismes de curias. La diversidad es muy amplia.

Los periodistas, habitualmente, tienen una relación conflictiva con el medio en el que desarrollan su actividad. Lo más común es que la mejor información sea difícil de encontrar y sea necesario investigar más allá de las gacetillas oficiales. Esa búsqueda les ha granjeado a los periodistas tanto su mala fama –ser personas que se inmiscuyen en temas y situaciones que otros ocultan– como su mayor prestigio, cuando, gracias a su tarea, determinadas informaciones logran grandes beneficios para la sociedad. De hecho, los mejores profesionales del periodismo son también aquellos que más

ascendiente alcanzan en una sociedad determinada y que más influyen en la formación de la opinión pública.

Por las características y el ritmo que tiene la actividad periodística, las oficinas de prensa de las instituciones eclesiales deben conocer muy bien ese medio y, al mismo tiempo, necesitan estar en contacto constante y directo con quienes tienen la máxima autoridad ejecutiva (obispo, presidente de la Conferencia Episcopal o Santo Padre). El trabajo en una oficina de prensa tiene poco de “espiritual” o “pastoral”, son necesarias capacidades muy específicas y suele ser una tarea sin horarios, muy exigente y compleja.

A diferencia del contacto cotidiano con la información, la pastoral de la comunicación tiene otros tiempos, otros objetivos y, obviamente, contenidos diferentes. En algunos lugares, la prioridad de una pastoral de este tipo puede ser, por ejemplo, organizar actividades formativas para jóvenes *youtubers*; y, en otros contextos, puede ser llevar adelante una tarea que facilite el diálogo y la integración con los inmigrantes de determinada etnia; o ser el espacio de diálogo en una situación de guerra. En la actualidad, una “pastoral de la comunicación” abarca temas y situaciones muy diversas.

Iglesia y periodismo

El vínculo entre la Iglesia y los periodistas no escapa a esa relación de tensión que siempre implica el ejercicio del periodismo y que se hace presente en el contacto entre una institución cualquiera y “la prensa”. Según los países y las situaciones concretas, esa tensión aumenta o disminuye. Especialmente en este tiempo en el que en torno a la Iglesia se han multiplicado agencias de noticias, canales de televisión, radios, revistas y también portales y publicaciones en Internet que se autodenominan “católicos”, urge aclarar la relación entre las instancias oficiales de la Iglesia y esos otros actores de la comunicación eclesial.

Cada uno de esos medios que se presentan como próximos a la jerarquía de la Iglesia son, en realidad, cercanos a algunas de las diferentes visiones o posturas que existen en el interior de la vida de la Iglesia. Es inevitable, y es sano, que los periodistas, o los medios para los cuales ellos trabajan, ordenen la información y prioricen algunos temas sobre otros; como también es lógico que cada periodista, o medio, publique sus contenidos a partir de una opinión o una visión propia de la Iglesia y del mundo.

Algunos de esos medios dependen directamente de obispados, conferencias episcopales o del Vaticano u otras instituciones eclesiales. En ellos se reflejará siempre la visión y los intereses de sus propietarios, y ese es su valor; si se quiere saber lo que expresa oficialmente alguna instancia de la Iglesia, se recurre a ellos. Otros medios se presentan a sí mismos como “de la Iglesia”, pero independientes de la jerarquía;

habitualmente, pertenecen a movimientos laicales o congregaciones religiosas. Su importancia dependerá de su nivel de profesionalismo y de la calidad de la información que ofrezcan. En cualquier caso, siempre reflejarán una visión propia y parcial de la vida de la Iglesia.

Periodismo “católico”

La expresión “periodismo católico” merece una reflexión especial. Tiene su origen en un tiempo en el que se veía a los medios de comunicación como un espacio de combate entre la Iglesia y quienes no pertenecían a ella, y refleja un punto de vista particular sobre lo que significan ambos términos.

En primer lugar, “**periodismo**”. Habitualmente, los periodistas se resisten a los calificativos que les encasillen en una determinada postura ideológica, política o de cualquier tipo. Como ya dijimos, el trabajo periodístico es muy específico, consiste en revelar hechos o investigar temas que sean de interés público. Es una profesión que tiene sus propias reglas y que no puede reducirse sin más a la tarea del comunicador. En general, los periodistas no aceptan ser etiquetados con otros calificativos que no sean ser un buen o un mal periodista. En la actualidad, se trata de un tema sensible, ya que desde diferentes posturas ideológicas se pretende instrumentalizar la labor periodística negándole toda posibilidad de objetividad.

En segundo lugar, “**católico**”. Hablando con propiedad, nadie puede adjudicarse a sí mismo ese calificativo. Solamente la Iglesia puede definir quién es o quién no es católico. La palabra “católico” usada como calificativo de una persona, o medio, pretende calificar también el contenido de todo lo que se publica u opina con esa etiqueta. Evidentemente, es una pretensión que se presta a confusiones y a manipulaciones de la profesión de los periodistas o del contenido de determinados medios. “Católico” no es una palabra cualquiera y debe usarse con especial cuidado, solo quienes tienen la autoridad correspondiente pueden adjudicarse esa responsabilidad.

El periodismo, como cualquier profesión, puede ser mejor o peor practicado, y sería un contrasentido adjudicar el calificativo “católico” tanto a los aciertos como a los errores. Podemos decir que hay muchos periodistas que intentan reflejar sinceramente el pensamiento y las acciones de la Iglesia, pero eso no habilita para usar la palabra “católico” como expresión de identidad. De hecho, actualmente existe un amplio abanico de voces que reclama cada una para sí misma la característica de “católica”.

Los medios que pretenden ser portadores de los valores evangélicos deberían caracterizarse por tener un cuidado extremo en la utilización de algunas palabras. La orientación de los pastores en esta cuestión es de mucha importancia y permitiría arrojar luz sobre cuestiones que se prestan a confusiones que no son menores.

Definiciones pastorales pendientes

Todos los debates que se generan en torno a estos temas, que son necesarios y pueden tener una gran riqueza, son precisamente el ámbito de reflexión que debe ser iluminado por sus principales protagonistas: los responsables de la guía pastoral.

A los periodistas y a los medios les toca abrir y sostener discusiones tanto hacia el interior de la Iglesia como hacia afuera. Su función no es magisterial, sino la de generar los espacios de un debate que permita el encuentro entre el Evangelio y la vida concreta de las personas. Si los medios eclesiales pretenden llegar a audiencias amplias, deben ir más allá de las cuestiones de la vida doméstica de la Iglesia y hablar de los temas que le importan a la gente, católica o no. Deben hablar de la fe en el aquí y ahora, no en abstracto. Acompañar esos debates, participar en ellos, iluminarlos desde su propia perspectiva, es el desafío propio de los responsables de la pastoral, no de quienes deben gestionar en el día a día la relación institucional con la prensa.

Las diferencias de enfoques y puntos de vista que se pueden observar en la Iglesia son una riqueza y no una limitación, por eso la línea editorial del medio que quiere transmitir informaciones eclesiales debe respetar dos libertades: la del periodista y la del público. Y, además, debe ejercer su propia libertad de medio independiente y representativo de algún punto de vista. Más allá de las discrepancias, siempre se puede transmitir un sentido de Iglesia y una adhesión a ella como opción fundamental de vida.

Cuando periodistas y pastores hacen bien su trabajo, aportan algo fundamental a la vida de la Iglesia: colaboran a generar una fe adulta, capaz de vivirse en la realidad de cada tiempo y lugar; capaz también de dialogar con quienes tienen diferentes puntos de vista, tanto dentro como fuera de los límites de la institución.

Citando nuevamente la instrucción pastoral *Communio et progressio*, conviene recordar que “como la Iglesia es un Cuerpo vivo necesita de la opinión pública para mantener el diálogo entre sus propios miembros. Solo así prosperará su pensamiento y actividad “... Le faltaría algo en su vida, si careciera de opinión pública. Y sería por culpa de sus pastores y fieles” (CP 115).

Los límites de la comunicación oficial

La Iglesia católica cuenta con un significativo sistema de comunicación formado por medios propios. Tanto el *Centro Televisivo Vaticano* como *Radio Vaticana*, la Oficina de Prensa, el diario *L'Osservatore Romano*, el sitio del Vaticano en Internet y una amplia presencia en redes sociales y diversos sistemas informativos son instrumentos de alta

calidad y alcance global. A su vez, las conferencias episcopales han desarrollado en los últimos años una presencia destacada en la red de redes y se han multiplicado las oficinas de prensa. Incluso las parroquias, las órdenes y congregaciones religiosas y muchos movimientos eclesiales, cuentan con sus propios medios escritos, de radio y hasta canales de televisión; además, es habitual contar con sitios web y presencia en las redes sociales.

A nivel global, pocas instituciones cuentan con un sistema de comunicación tan completo y diversificado para transmitir su información. Sin embargo, ese enorme potencial no siempre se traduce en una presencia en la escena pública más eficaz, ni tampoco en una mayor incidencia en la vida de las sociedades. Esto se debe a que la información oficial no es atractiva para los grandes públicos, pero no solo en el caso de la Iglesia; habitualmente, la información oficial no es de interés masivo. En la actualidad, en principio, se sospecha de las grandes instituciones y se parte del supuesto de que la información que generan “esconde algo”. Ese “algo” es justamente lo que más interesa al público, y el periodismo generalmente no descansa hasta encontrarlo o inventarlo.

Pero, además, hay que tener en cuenta otro aspecto del problema. Es necesario, indispensable, contar con algún sistema u organismo que haga presente la información oficial, aunque –a diferencia de otras organizaciones– no se puede esperar que sea a través de esos medios como la Iglesia se comunique con la sociedad. La Iglesia es mucho más que el Vaticano, las conferencias episcopales, los obispados y cualquier otra institución de ese tipo. Lo que la Iglesia tiene para comunicar es también mucho más que su información.

Es necesario que esa información exista, pero no podemos considerar que ella sea el nexo entre la Iglesia de Jesucristo y las sociedades en las que está presente. Ese vínculo no puede limitarse a oficinas o medios de información, el vínculo entre la Iglesia y la sociedad se establece a través de la incalculable riqueza de la vida de las comunidades.

La Iglesia adquiere un cuerpo concreto en las Iglesias locales. Como reiteradamente señala el papa Francisco, la Iglesia de Roma –que es también una Iglesia local– preside en la caridad al resto de las Iglesias, pero es en ellas donde se produce el encuentro entre los discípulos de **Jesús** y los hombres y mujeres de cada tiempo y lugar. Es allí donde las informaciones se hacen concretas, cercanas. Es en la vida de las comunidades donde se produce, o no, una comunicación viva y eficaz entre la Iglesia y las diferentes sociedades en las que ella está presente.

La información oficial es solo un aspecto de la comunicación. Afecta a la relación entre instituciones eclesiales y medios de comunicación. Pero eso no puede confundirse con la comunicación entre la Iglesia y la sociedad. Cuando los medios eclesiásticos locales repiten las formas y los contenidos de lo producido en el Vaticano o en las conferencias episcopales, la comunicación se empobrece y se hace distante y fría. Cuando eso ocurre,

es inevitable quedar atrapados en un lenguaje incomprensible para la mayoría de las personas, con palabras y expresiones solo válidas en pequeños círculos cerrados sobre sí mismos.

Por esa tendencia a repetir lo que se hace en Roma, los medios de las instituciones de Iglesia, salvo excepciones, no reflejan la vida real de las comunidades, sino solo lo formal. Esa es una de las causas de algo que es evidente: la interactividad y la participación de los usuarios casi no existe en los medios eclesiales.

Si el contenido de lo que queremos comunicar no está profundamente enraizado en la vida de las comunidades, estamos condenados a expresarnos con afirmaciones generales y teóricas, válidas para cualquier lugar y tiempo, y, por lo tanto, intrascendentes para la vida cotidiana. Lo que se dice no es publicable porque carece de interés, aunque sea verdad. Es verdadero, pero no es relevante para las personas e, incluso, puede confundir y generar desorientación en temas importantes.

En su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, Francisco advierte: “Los enormes y veloces cambios culturales requieren que prestemos una constante atención para intentar expresar las verdades de siempre en un lenguaje que permita advertir su permanente novedad”.

Y, más adelante, señala que, “a veces, escuchando un lenguaje completamente ortodoxo, lo que los fieles reciben, debido al lenguaje que ellos utilizan y comprenden, es algo que no responde al verdadero Evangelio de Jesucristo”. En esa dificultad del lenguaje que se utiliza, radica para el papa Francisco el mayor peligro: “Con la santa intención de comunicarles la verdad sobre Dios y sobre el ser humano, en algunas ocasiones les damos un falso dios o un ideal humano que no es verdaderamente cristiano. De ese modo, somos fieles a una formulación, pero no entregamos la substancia. Ese es el riesgo más grave” (EG 41).

¿Verdaderos o creíbles?

Con respecto a la posible influencia en las sociedades de los medios eclesiales, hay que tener en cuenta que, además de las dificultades que pueden producir maneras de expresarse que en lugar de comunicar generan confusión, es necesario distinguir entre lo que es verdad y lo que es creíble. Por ejemplo: para el público en general, la frase dicha por un sacerdote que trabaja en un barrio marginal suena completamente diferente a la misma frase pronunciada por un obispo desde su palacio episcopal. Puede tratarse de idénticas palabras y en ambos casos ser verdadera, pero en la boca de uno suena creíble y en la del otro no.

¿Por qué esto es así? ¿Es solo una cuestión de prejuicios? La explicación es simple: lo que hace que alguien sea creíble en los medios depende del lugar que ocupe quien

habla; y, en la sociedad y en nuestra cultura, es más importante trabajar “con los que sufren” que ser obispo. Pero esto no es así porque los obispos estén desprestigiados, sino porque la sociedad experimenta día a día la presencia de la marginalidad y de la pobreza, pero no experimenta las preocupaciones de los obispos.

Ese sacerdote o esa religiosa que auxilia a los pobres se está ocupando de algo que la sociedad percibe como propio; el obispo, no; el obispo se está ocupando de sus feligreses, o sea, de “sus cosas”, no de “las cosas” de la sociedad. Las personas de Iglesia que se ocupan de lo que le preocupa a la sociedad tienen un espacio y una autoridad en los medios de comunicación, pero una autoridad conferida por la sociedad, no por la Iglesia.

Por este motivo, en ocasiones, en la Iglesia se reacciona mal cuando habla alguien con una autoridad recibida desde otro ámbito (su prestigio personal, su idoneidad mediática, su compromiso con una causa que la sociedad valora, etc.). Es lo que ocurre con la voz del Papa, que se ha convertido en punto de referencia más allá de su lugar en la Iglesia. Lo que él dice es importante por su lugar en el mundo y porque desde ese sitio habla de lo que importa a todos.

La información generada desde la Iglesia es una referencia tenida en cuenta solamente cuando está comprometida con la realidad, no hay otro camino. Es necesario en este punto repetir lo que dice Francisco: “Solo quien comunica poniéndose en juego a sí mismo puede representar un punto de referencia. El compromiso personal es la raíz misma de la fiabilidad de un comunicador” (Jornada de las Comunicaciones Sociales, 2014).

Al finalizar *Communio et progressio*, en un tono que casi medio siglo después puede sonar a la vez pasado de moda e ingenuo, pero a la vez profético, los obispos terminaban el documento diciendo: “La Iglesia, deseando que no se retrase más esta Instrucción Pastoral, movida por una necesidad cada día más urgente, se dirige y convoca a los profesionales de la comunicación social y exhorta a todos los hombres para que hagan que estos medios sean realmente útiles a la humanidad y a la gloria de Dios; a la vez, presta su propio esfuerzo en todo cuanto se relaciona con este campo de la comunicación. La Comisión Pontificia para las Comunicaciones Sociales, según disposiciones del Concilio Vaticano II, después de reunir peritos de todo el mundo, ha preparado esta Instrucción, más con la intención de inaugurar una nueva etapa que de dar por terminada la anterior” (CP 186).

El pastor y evangelizador de la Saboya¹²

Juan Pablo II

El 8 de diciembre festejáis el IV centenario de la ordenación episcopal de san Francisco de Sales, obispo de Ginebra y doctor de la Iglesia, «una de las mayores figuras de la Iglesia y de la historia¹³». Consagrado «príncipe obispo de Ginebra» el 8 de diciembre de 1602, aquel a quien el rey Enrique IV llamaba de manera elogiosa «el fénix de los obispos», puesto que -decía- «es un ave rara sobre la tierra», después de haber renunciado a los fastos de París y a las propuestas del rey de concederle una sede episcopal de prestigio, se convirtió en el pastor y evangelizador incansable de Saboya, su tierra, a la que amaba por encima de todo, porque -confesaba- «soy saboyano en todos los sentidos, de nacimiento y por obligación»...

Como mi predecesor el Papa Pablo VI, que escribió la carta *Sabaudiae gemma* con ocasión del IV centenario de su nacimiento (29 de enero de 1967), ruego a Dios que haga florecer y resplandecer nuevamente en la Iglesia una vida espiritual radiante, gracias a la enseñanza del santo obispo de Ginebra, que sigue siendo una fuente de luz para nuestros contemporáneos, como lo fue en su tiempo.

La caridad que todo lo puede

Francisco de Sales, consejero de Papas y de príncipes, dotado de grandes cualidades espirituales, pastorales y diplomáticas, fue un hombre de unidad en una época en que las divisiones constituían una herida en el costado de la Iglesia. Se preocupó, en particular, por restablecer la unidad de su diócesis y por mantener la comunión en la fe, basando su acción en la confianza en Dios, en la caridad que todo lo puede, en la ascesis y en la oración, como subrayó en un auténtico discurso programático poco después de su ordenación sacerdotal, puesto que -decía- es así como debemos vivir la regla cristiana y comportarnos verdaderamente como hijos de Dios. Más tarde explicaría lo que es en verdad la caridad teológica: «La caridad es un amor de amistad,

¹² Mensaje de Juan Pablo II a monseñor Yves Boivineau, obispo de Annecy, en el cuarto centenario de la ordenación episcopal del obispo de Ginebra (23 de noviembre, 2002).

¹³ PABLO VI, *Ángelus*, 29 de enero de 1967.

una amistad de dilección, una dilección de preferencia, pero de preferencia incomparable, soberana y sobrenatural, que a manera del sol vive en el alma para embellecerla con sus rayos, influye en todas las facultades espirituales para perfeccionarlas, actúa en todas las potencias para moderarlas, se asienta en la voluntad, como en su propio trono, para desde él asistir haciendo que Dios sea querido y estimado sobre todas las cosas» (T II, 22).

Teniendo como modelo a san Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, se dedicó a difundir con fidelidad y creatividad las enseñanzas del concilio de Trento, y a aplicar sus disposiciones pastorales. Reorganizó su diócesis, que visitó totalmente dos veces, sufriendo en su corazón la dolorosa situación de Ginebra, su sede episcopal, que se había adherido a la Reforma calvinista.

Se esmeró por formar a los sacerdotes, instituyendo para ellos conferencias mensuales, a fin de dar a las ovejas sin pastor pastores misericordiosos que les enseñaran el misterio cristiano y celebraran cada vez más dignamente los sacramentos de la Eucaristía y de la reconciliación. Puso especialmente cuidado en hacer que el clero y los fieles descubrieran que la penitencia es un momento de encuentro con el amor del Señor, que acoge a todos los que van a pedirle humildemente perdón.

Acoger el amor de Dios

Francisco de Sales, doctor del amor divino, no descansaba hasta que los fieles acogían el amor de Dios, para vivirlo plenamente, orientando su corazón a Dios y uniéndose a él. Así, bajo su guía, numerosos cristianos han recorrido el camino de la santidad. Él les mostró que todos están llamados a vivir una intensa vida espiritual, cualquiera que sea su situación y su profesión, ya que, al ser «la Iglesia un jardín esmaltado de infinitas flores, entre las cuales reinan diversos grados, diversos matices, diversos colores, diversos olores, en suma, diferentes perfecciones, cada una de ellas con su valor, su gracia, su belleza, todas en variadísimo conjunto, formando perfecta y agradable hermosura” (T II, 7).

Hombre bondadoso y dulce, que sabía manifestar la misericordia y la paciencia de Dios a aquellos con quienes se encontraba, propuso una espiritualidad exigente pero serena, fundada en el amor, dado que amar a Dios «es la mayor felicidad del alma en esta vida y por toda la eternidad». Con gran sencillez, formó a todos en la oración. Se esforzó por conducir las almas hasta las cimas de la perfección, procurando unir a las personas en torno a lo que es el centro de la existencia, la vida de intimidad con el Señor, gracias a la cual el hombre puede recibir la perfección y hacerse mejor. Se preocupaba de que cada uno volviera a Cristo y recomenzara desde él, para llevar una vida buena, puesto que Dios ha dado a cada uno el gobierno de sus facultades, que conviene poner bajo el primado la voluntad...

La perfección consiste en asemejarse al Hijo de Dios, dejándose guiar por el Espíritu Santo, en una obediencia perfecta: «El perfecto abandono en las manos del Padre celestial y la perfecta indiferencia por lo que respecta a la voluntad divina son la quintaesencia de la vida espiritual (...). Cualquier retraso en nuestra perfección proviene sólo de la falta de abandono, y ciertamente es verdad que conviene comenzar, continuar y concluir la vida espiritual a partir de allí, de la imitación del Salvador, que realizó esto con una extraordinaria perfección, al principio, durante y al final de su vida» (*Oeuvres X*, 389).

Acompañante espiritual

Así, mediante una correspondencia particularmente abundante, acompañó, con gran delicadeza y con una pedagogía progresiva, adaptada a cada situación, usando con acierto imágenes de gran colorido, a las almas que se encomendaban a su dirección espiritual, para que cada acto bueno y cada victoria sobre el pecado fueran como «piedras preciosas engarzadas en la corona de gloria que Dios nos tiene preparada en su Paraíso» (*I IV*, 8).

Dado que era apasionado de Dios y del hombre, su visión de las personas era fundamentalmente optimista, y nunca dejaba de invitarlas, como él mismo decía, a florecer donde habían sido sembradas. Aún hoy, y me alegro por ello, las obras de san Francisco de Sales forman parte de la literatura clásica; es la señal de que su enseñanza sacerdotal y episcopal encuentra eco en el corazón de los hombres y colma sus aspiraciones profundas. Invito a los pastores y a los fieles a aprender de su ejemplo y de sus escritos, que siguen siendo de gran actualidad.

¡Cómo no evocar también en esta circunstancia a santa Juana de Chantal, con la que fundó la Orden de la Visitación de Santa María, deseoso de proponer, de una manera original y nueva, un estilo de vida religiosa al mayor número posible de mujeres, que pondría en primer lugar la contemplación!

A la vez que doy gracias por el testimonio de vida sacerdotal y episcopal del Apóstol de Chablais, así como por su obra, pido al Señor que suscite en el mundo de hoy un número cada vez mayor de hombres y mujeres que vivan la espiritualidad salesiana y la propongan a nuestros contemporáneos, para que todos tengan «una fe vigilante», que «no sólo haga buenas obras, sino que también penetre y comprenda con sutileza y prontitud las verdades reveladas», a fin de transmitir las al mundo¹⁴.

Por último, mi deseo es el del Doctor del amor divino: que «únicamente Dios sea vuestro descanso y vuestro consuelo»¹⁵. Encomendándolo a la intercesión de la Virgen

¹⁴ “Sermón para el jueves después del primer domingo de Cuaresma de 1622”, *Oeuvres completes XI*, 220.

¹⁵ “Carta a la señorita de Soufour, 16 de enero de 1603”, *Oeuvres completes XII*, 163.

María, la Inmaculada Concepción, y de san Francisco de Sales, le envió de corazón una afectuosa bendición apostólica. La impartió asimismo de buen grado a los obispos de la región, a los sacerdotes y a los fieles de Saboya, de Suiza y de Piamonte, a las Religiosas de la Visitación de Santa María, a los miembros de los diferentes institutos salesianos y a todas las personas que viven de la espiritualidad salesiana, a los periodistas, a los escritores y a todas las personas que trabajan en los medios de comunicación -él es su santo patrono-, y a todos los que participan en las celebraciones de este aniversario.

► Pastoral juvenil

Cuenta lo que has visto y oído¹⁶

Pepe Rodríguez Rey¹⁷

Estamos a las puertas del Domund 2021, que se celebra este domingo 24 de octubre, y me encuentro con la sorpresa y el honor de verme convertido en pregonero de esta Jornada precisamente aquí, en la Catedral de mi querido Toledo, y con todos ustedes. Imagino que si, como decía santa Teresa, *“en la cocina, entre los pucheros anda el Señor”*, llegado el caso tampoco se andará lejos de robots de cocina, róners y abatidores; y también, que ustedes sabrán ser indulgentes conmigo, que he sido cocinero... antes que fraile.

Este día que conocemos como Domund es la Jornada Mundial de las Misiones. “Mundial” porque se celebra a la vez en todo el mundo, y porque en ella participan los católicos de todos los rincones de la Tierra, uniéndose por igual al Papa para sostener los llamados “territorios de misión”. Y estos territorios no son algún pequeño reducto aislado, sino los lugares donde vive casi la mitad de la población del planeta. Estamos hablando de más de 1.000 Iglesias “recién nacidas”, que todavía no podrían sobrevivir por sí mismas, si no contaran con esa aportación solidaria de toda la Iglesia universal.

Doy las gracias a las Obras Misionales Pontificias, encargadas de la organización y celebración de esta Jornada, por darme así también la oportunidad de hablar de unas personas tan queridas por todos nosotros —incluyendo a quienes no tienen fe—, como son los misioneros y misioneras. Enseguida “me voy a despachar” a gusto con ellos. Pero, como dice el lema de este Domund, para *contar lo que he visto y oído* en los misioneros, no se lo van a creer: voy a empezar hablándoles de comida.

Hace algún tiempo, en una entrevista, me preguntaron quién es Dios para mí. Voy a intentar decir ahora algo sobre este Dios en relación con el alimento. Me gustaría

¹⁶ Pregón del Domund 2021, Catedral de Toledo, 21 de octubre de 2021.

¹⁷ Chef del restaurante El Bohío, con una estrella Michelin, en Illescas (Toledo). Es conocido por ser parte del jurado de la edición española de MasterChef.

recordar ese evangelio que nos cuenta cómo, en cierta ocasión, la gente seguía a Jesús y le escuchaba con tanto interés que ya iba a caer la tarde y estaban en un lugar apartado. Y mientras los discípulos sugieren que cada cual se busque la vida para reponer fuerzas, Jesús va y dice: *“Dadles vosotros de comer”*. El resto lo conocen ustedes: con cinco panes y dos peces aportados por un chico, Jesús da de comer a una multitud; es más, sobraron doce cestos de pan. ¡Eso es cocina de aprovechamiento!

Creo que los misioneros podrían ser los discípulos que siguen oyendo ese *“dadles vosotros de comer”* y, en lugar de escaquearse, dicen: *“¡Oído, cocina!”*. Personas normales y corrientes —como ustedes, como yo, como cualquiera— que no escurren el bulto, sino que se fían del Jefe de Cocina que les llama a la tarea de dar de comer y repartir el pan. Un pan que tiene mucho o todo que ver con el amor, manifestado en múltiples formas: en escucha, en comprensión, en compartir el dolor, en ánimo, en aliento; y también en acciones como construir una escuela, un dispensario, un comedor...; pero, sobre todo, del modo más desbordante, en el ofrecimiento a los demás de un Dios que no solo da de comer, sino que se ha hecho alimento para quien quiera recibirle. En esa entrevista a la que me refería antes pude decir que *“comulgar es lo que más me alimenta”*; por eso, por propia experiencia, no me extraña que san Juan Pablo II dijera que *“los pobres tienen hambre de Dios, y no solo de pan y libertad”*.

Creo que la misión de la Iglesia, tal como se celebra en el Domund, es compartir el pan de la generosidad. La Madre Teresa, santa Teresa de Calcuta, contaba cómo le había impresionado cuando una vez fue a llevar un poco de arroz a una familia hindú que no tenía para comer, y se encontró con que la madre salió enseguida a llevar la mitad a otra familia musulmana tan pobre y hambrienta como la suya. Así que el pan de los misioneros es el pan de los pobres, y el pan de los pobres es el pan de los misioneros. Incluso, al celebrar el Domund de modo universal, como Jornada *Mundial* de las Misiones, esto nos recuerda —por si acaso nos creíamos el centro de ese mundo— que nosotros mismos necesitamos también el puñado de arroz que comparten con nosotros los pobres desde la misión para aumentar nuestra fe y, en definitiva, nuestra humanidad.

Me gusta imaginar, como realmente ocurre, a los misioneros compartiendo la comida, suficiente o escasa, con aquellos entre quienes viven y trabajan; muchas veces, dándola, y otras, recibéndola de la hospitalidad de la gente sencilla. Me dicen, quienes saben, que ese integrarse en los pueblos que los acogen se llama *“inculturación”*, pero yo puedo explicarlo de otro modo. La comida es un lenguaje, es comunicación, es la vida misma. La comida es reunión, fraternidad, cercanía, y todo eso es evangelización. No me extraña que una de las películas favoritas del papa Francisco sea *El festín de Babette*, que gira en torno a un banquete, porque la comida compartida une; comer es celebrar, y los cristianos, que no somos tontos, nos reunimos en torno a la mejor Comida en el banquete de la eucaristía.

En el mundo en el que yo trabajo, como en todos los ámbitos, los valores son fundamentales. En un equipo de cocinas, nada puede funcionar igual sin esa aportación de cada uno, que hace que, como dice el papa Francisco, *“el todo sea más que las partes, y también más que la mera suma de ellas”*. Esas cualidades que se requieren en una cocina las vemos “al cuadrado” en los misioneros: la importancia de escuchar, de aportar, de estar aprendiendo siempre; la importancia del sacrificio, de volverlo a intentar, de trabajar sin tirar la toalla; la importancia de superarnos y de ayudar a que otros se superen y nos superen, sin generar dependencias. Pero, de un modo especial, en ellos vemos la importancia de la entrega a lo que apasiona. Y los misioneros, como dice también el Papa, sienten *“una pasión por Jesús”* y *“una pasión por su pueblo”*. Por eso, no dan “el excedente” a quien lo necesita: lo dan todo, se dan ellos mismos.

En un equipo de cocinas es fundamental el compañerismo. Sumando fuerzas al servicio del trabajo común, sacas lo mejor de ti, eso que a veces ni siquiera sabías que llevabas dentro; sin equipo, en cambio, no eres nadie. En el caso de los misioneros, ese compañerismo tiene un nombre específico: ellos no van por libre, sino siempre integrados en un equipo de cocinas, que es *la Iglesia*; un equipo que une, pero en el que cada cual conserva su propia personalidad, de modo que sea una riqueza para todos. Como hay muchos estilos gastronómicos, hay muchas maneras de evangelizar, así que no solo cada misionero en un país lejano, sino cada uno de nosotros, cristianos, en nuestra situación corriente y moliente, podemos decir, como nos recuerda Francisco: *“Yo soy una misión”*.

Pero, además del compañerismo, en un equipo de cocinas, es esencial el liderazgo. Y, de nuevo, en los misioneros y misioneras descubrimos un liderazgo al que no estamos acostumbrados en nuestra sociedad: el liderazgo del servicio. Bien es verdad, que, si nos remontamos “más arriba”, hay que decir que los misioneros tienen como Jefe de Cocina al mejor Chef del mundo. Un Chef que se da a conocer en Canadá, en un banquete de bodas, pero —agárrense—, además, como sumiller. Un Chef que no pierde de vista el punto de sal, hasta tal extremo que pide a sus discípulos que seamos la sal de la tierra. Un Chef que organiza banquetes no solo para la BBC —bodas, bautizos y comuniones—, sino hasta para celebrar que vuelva a casa un hijo calavera, como, por ejemplo, cualquiera de nosotros. Un Chef al que nada más resucitar no se le ocurre otra cosa que dar una oportunidad a su equipo de aprendices, con la comanda: *“Muchachos, ¿tenéis pescado?”*.

A este Chef, que hace de piedras pan, le han salido unos pinches aventajados en los misioneros, que, con unos medios irrisorios, consiguen resultados que ni logran, ni pueden explicarse, los Gobiernos y las instancias internacionales. Justo a este Jefe de Cocina es al que los misioneros dijeron en su momento y cada día: *“¡Sí, Chef!”*.

Hay dos rasgos más de los misioneros en los que me gustaría fijarme, porque me parecen una interpelación para todos nosotros, aquí y en nuestra atmósfera actual. El primero es el valor del ejemplo. En lugar de leer una receta en voz alta, los misioneros, simplemente, cocinan en medio de todos; y quienes les ven, se fijan, captan un modo de ser y hacer, se cuestionan. Sin pretenderlo ni darse aires de nada, ofrecen con su vida una lección magistral y, lo más sorprendente, asequible para todos. Un testimonio personal tan fuerte que en ellos se hace realidad esa frase que el papa Francisco cita de su tocayo de Asís: *“Predicad siempre el Evangelio y, si fuese necesario, también con palabras”*. Y esto no porque no sean necesarias las palabras, sino porque la vida de los misioneros y misioneras es ya una auténtica palabra, y una palabra auténtica, para nuestro mundo.

El segundo rasgo es el contacto con la realidad. Estamos saturados de escuchar ideas; saturados de las malas ideas, y yo diría que hasta de las buenas, porque en su mayoría ni parten de las situaciones tal como son, ni se encarnan en nada concreto. Sin embargo, los misioneros no hablan de oídas ni elaboran teorías: si en el mundo hay fango, ese fango que muchas veces no queremos ver —y que se llama falta de sentido, pobreza, incultura, hambre...—, ellos se manchan hasta las cejas; y si hay motivos de alegría, lo celebran con todos. Y es que, como he dicho alguna vez, *“estar con los más necesitados te aterriza”*. También en esto los misioneros cumplen algo que señala, y vuelvo a nombrarlo, el papa Francisco: *“La realidad es más importante que la idea”*. Para ver cómo sabe un plato, hay que comérselo.

Si tienen ocasión, les recomiendo que vean el vídeo que Obras Misionales Pontificias ha preparado para este Domund, en el que varios jóvenes *cuentan lo que han visto y oído* al tomar contacto con la misión sobre el terreno. Precisamente, una de las chicas que da su testimonio dice: *“La experiencia de misión ha sido la mayor bofetada de realidad que he recibido en mi vida”*. Y cuánto necesitamos esas bofetadas, y qué poco de las otras...; y, por cierto, cuánto necesitamos a los jóvenes en la Iglesia y en la misión. Unidos a ese gran Chef del que les hablaba antes, qué no podrán cocinar los jóvenes para que todos nos chupemos los dedos, con el mejor y más completo repertorio de sabores de los cinco continentes.

Hay que decir que España tiene cerca de 7.200 misioneros repartidos por el mundo, de los cuales casi 120 han salido de aquí, de esta provincia y diócesis de Toledo. Y, entre nosotros, sensibilizándonos y movilizándonos para que no nos quedemos cruzados de brazos, hay unos 3.500 misioneros españoles más, regresados por distintas razones. Según parece, somos el país con más misioneros del mundo, y el segundo —después de Estados Unidos— que más aporta económicamente al Domund para ayudar a la labor misionera por todo el planeta: casi 13 millones de euros en 2020. En nuestras manos y en nuestra colaboración está el que esto se detenga o crezca; como decía antes, basta con que nos atrevamos a tomar contacto con la realidad para decidírnos.

Permitidme que mis últimas palabras os las dirija directamente a los misioneros y misioneras. Vosotros fuisteis a países lejanos a *contar lo que habéis visto y oído* en vuestro corazón, y *nos contáis a nosotros lo que habéis visto y oído* en esos lugares adonde fuisteis a evangelizar y en los que, según soléis decir, los pobres os evangelizaron. Queridos misioneros y misioneras: os necesitamos. Necesitamos vuestro ejemplo y necesitamos saber que sois nuestras manos allá lejos, donde nosotros no llegamos, pero queremos llegar. Os diría que merecéis no una, sino varias “estrellas”, pero, como sé que no buscáis reconocimientos, os voy a decir algo que os gustará más: ¡os queremos en nuestro equipo!

Así que, misioneros, ¡a cocinas! Y todos nosotros, para ayudaros, ¡al Domund!

Muchas gracias.

► La solana

Valor sanante de la esperanza¹⁸

José Carlos Bermejo

El papa **Benedicto XVI** sugiere allí la intercambiabilidad entre fe y esperanza según la interpretación bíblica. En efecto, «esperanza» es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras «fe» y «esperanza» parecen intercambiables.

Cuando hablamos del valor sanante de la esperanza, o de la esperanza como fuente de salud, nos situamos en una perspectiva holística, integral, de modo que el concepto de salud es considerado en estrecha relación con el de vida, libertad-liberación, paz, equilibrio, armonía, salvación, sanación, etc.

Valor terapéutico

La afirmación del valor terapéutico de la esperanza no es equiparable a otra que refiera el valor terapéutico, que pudiera atribuirse a una buena máquina o a una buena medicina que “devuelva la salud” a ciertos enfermos. Sin caer en la ridícula consideración de todos los hombres como enfermos, podemos decir, no obstante, que tal afirmación afecta en realidad a toda la persona porque se trata de una realidad antropológica.

Hablamos de esperanza. Pero ¿podemos hablar de lo que todavía no es? Sí, podemos, porque en el hombre y en el mundo no existe solamente el ser, sino también el poder ser, posibilidades de apertura hacia un más. Por eso, las afirmaciones de futuro que hacemos no pretenden sino explicitar, desentrañar y patentizar lo que está implícito, latente y dentro de las posibilidades del hombre.

¹⁸ Artículo publicado en 2020 en el blog del autor.

El que espera vive en un mundo más sano, porque centra su vida en el amor, igualmente no hay amor si no hay esperanza. Es la esperanza un ingrediente del amor. Así nos lo hace ver San Pablo cuando, en la hermosa descripción del himno sobre el amor dice: “El amor todo lo espera” (1 Cor 13,7).

Laín nos dirá que nada más lejos de la mente de **Santo Tomás** que la tendencia a concebir la esperanza como una aspiración quieta y contemplativa, platónica, como suele decirse. Para él esperar es moverse con ardor y desnudo del cuerpo y el alma hacia la conquista de un bien alto y difícil. La pasión de la esperanza, en suma, hace del homo Viator un homo pugnator, un resuelto combatiente hacia su propia grandeza. Una pasión con colores cambiantes para el tiempo de hoy, en el que el ser humano se resiste ser molestado por temas que salgan del mero racionalismo superficial.

La esperanza sana, por tanto, porque pone a trabajar por lo que se desea. Hace activas a las personas, buscadoras de lo que se anhela y comprometidas con su alcance. O, si no se viera realizado, hace a las personas mantener un foco central de confianza, un referente, un dinamismo de resignificación de ese futuro que, en el deseo, es realidad.

La esperanza es el presente del futuro. Y sana y predispone saludablemente porque refuerza biológicamente, psicológicamente, relacionalmente, espiritualmente. La esperanza refuerza el sistema inmunitario, hace más eficaces los productos que ingerimos para mejorar, da solidez a las relaciones de ayuda, habita a la persona con buenos pensamientos positivos, invade el corazón de claves de fuerza, resistencia y empuje.

El arte de esperar

Hay, como dice **Laín**, un arte de esperar. Este consistiría en el arte de conseguir que la vida sea una segura sucesión de presentes gustosos. Es una de las primeras condiciones de la felicidad humana y requiere un refinado cultivo de las capacidades y dotes naturales.

El esperanzado, según arte, sin dejar de cumplir la inevitable exigencia de existir proyectado hacia el futuro, logra vivir con la máxima intensidad y la más alta fruición posible el instante que pasa.

En este sentido, el dinamismo de la esperanza tiene características precisas, tales como la cautividad, la comunidad, la paciencia, la disponibilidad. Y la esperanza será esa que nunca se verá satisfecha. Por eso quizás dirá Unamuno: ¿No será la absoluta y perfecta felicidad eterna una eterna esperanza que de realizarse moriría? ¿Se puede ser feliz sin esperanza? Esperanza, esperanza siempre.

Para el cristiano, la Palabra de Dios dice que la esperanza no defrauda. Está relacionada con la fe en Jesús de Nazaret. Afirma que es dada por Dios al hombre y está relacionada directamente con el amor de Dios. La esperanza no es solo una teoría, sino que afecta hondamente nuestro ser, pues está en nuestro corazón junto al amor. Además, permite a la persona aguantar en los momentos difíciles, por saberse protegido por Dios: “El no olvida jamás al pobre, ni la esperanza del humilde perecerá” (Sal 9)”.

El contagio de la esperanza

Aunque, a veces, el que espera desespera, el arte de esperar integra el desánimo y lleva al ser humano a reponerse, no a ir a la deriva. El arte de esperar se entrena a lo largo de la vida y tiene una dimensión de propagación en el entorno.

Los profetas de malagüero siembran alrededor desánimo también infundado. Son capaces de mirar con lupa los indicadores de la trayectoria negativa de los hechos. Predicen lo peor y lo justifican por las experiencias negativas que, siendo reales, no son las únicas de la propia vida, ni las exclusivas de la humanidad.

Los que viven sanamente la esperanza y experimentan la salud que genera, son aquellos que ponen la realidad en un contexto más amplio y son capaces de reforzar la confianza en un sentido global, salpicando alrededor la esencia de los buenos deseos, de las buenas intenciones, de los elementos favorables, de lo positivo que vence, antes o después, en la historia. Y las experiencias negativas, por duras que sean, no reciben la autoridad de colorear el total de la perspectiva. El esperanzado se niega a esto.

Contagiar esperanza tiene de atribuir un sentido, de empeñarse con el corazón en que, en el fondo, todo tenga un sentido, aunque el deseo inmediato se vaya viendo frustrado. Un sentido que no se encuentra con facilidad en plena adversidad, porque se hace duro el tránsito por la crisis, por el desierto, por el sufrimiento, por la frustración.

No se contagia esperanza con un lenguaje exhortatorio que invita a la ingenuidad y el mero optimismo superficial, sino con hechos y con el ejemplo. No quiere esto decir que el testigo de la esperanza no tenga sus crisis, sus momentos de oscuridad y de viernes santo, sino que no termina muriendo en la nada la búsqueda de la luz, aunque esta no ilumine todavía.

Son pocos los pacientes que no esperan curar cuando afrontan una operación. La compleja industria hospitalaria existe para curar, para llevar a las personas a la vida normal. Cualquiera que haya visitado un hospital y hablado con los pacientes sabe que “mañana” significa un día más cerca de la propia casa, de los amigos, del trabajo, de

la existencia cotidiana. Y si no, son lugares de un día más cerca del familiar, de la ausencia de dolor, de un mejor descanso... o incluso, más cerca de Dios.

El esfuerzo por infundir esperanza es el factor humano-terapéutico más importante. Encarnado en el agente de salud el dinamismo de la esperanza, impregna las relaciones profesionales y pretendidamente terapéuticas, y cualifica a este como persona de esperanza, es decir, agente de salud. Porque la esperanza sana.

Educación

Raíces y alas Perspectivas de la innovación pedagógica en Escuelas Católicas¹⁹

Irene Arrimadas Gómez²⁰

1. Presentación: quiénes somos y cómo nos organizamos

El futuro de la escuela católica está en ser la mejor escuela, una escuela innovadora y creativa, que existe para ofrecer al alumno el protagonismo de su aprendizaje, el deseo de dirigir su vida, de mejorar cada vez más en algo importante y de trabajar para una causa que va más allá de sí mismo. Estamos aquí porque este proyecto nos mueve la vida, porque surge de nuestra identidad evangelizadora y toma impulso desde la amplia experiencia acumulada a lo largo de nuestra existencia educadora.

Seguiremos avanzando en nuestras organizaciones educativas si visualizamos qué necesitamos reconfigurar y cambiar para que todo ello siga siendo factible, pero con prudencia para poder ver en la innovación el mejor futuro para todos. Así entendemos el hecho de «innovar» como una forma diferente de abordar las cosas para mejorarlas, que debe partir de lo que somos y estar centrada en el alumno, teniendo presente nuestras raíces y la realidad vigente, y a partir de ahí, reflexionar, planificar y compartir aquello que llevemos a la práctica, haciendo seguimiento y evaluación constante, para poder volver al inicio del proceso.

Estos principios enlazan con nuestra razón de ser y estar, en clave positiva, en el sistema educativo español, porque no cabe duda de que la escuela católica aporta sentido a la sociedad democrática y un extraordinario valor en clave de equidad, calidad, innovación, compromiso... Son las instituciones libres las que generan ciudadanos libres y es importante visibilizarlo, difundirlo y recordarlo siempre para poder desarrollar proyectos educativos singulares. Por ello, es necesario saber quiénes somos y lo que hacemos para tener en cuenta nuestra perspectiva.

¹⁹ Artículo publicado en la revista *Participación Educativa*, vol. 7, núm. 10 (2020).

²⁰ Directora del Departamento de Innovación Pedagógica (Escuelas Católicas).

2. Educación e innovación educativa

Podemos afirmar que los logros educativos conseguidos en la pasada centuria nunca habían sido alcanzados previamente hasta ahora, aunque nos empeñemos en alimentar una moda de informaciones pesimistas. Ahora se habla mucho de la crisis de la enseñanza, aunque la podríamos equiparar a la crisis de crecimiento de un joven sano, no a la decadencia de un anciano que ya vivió sus mejores años (MUÑOZ-REPISO, 2000). En realidad, en cualquier época, deseamos creer que todo educador, administrador o investigador responsable ha intentado cumplir con su misión de la mejor manera posible, introduciendo un enfoque riguroso y contextualizado en la forma de abordar su misión.

Los estudiantes y las familias de hoy son producto de unos determinados rasgos que nos indican las fuentes sociológicas, epistemológicas, psicológicas y pedagógicas. Lo que ocurre en los sistemas educativos y en cada escuela en particular está influido por todas ellas, y a la vez, la educación contribuye a que los niños y la sociedad sean lo que son. Todo está relacionado en espiral. Por eso es tan importante que los actores de la educación tengamos una adecuada comprensión de lo que nos están señalando dichas fuentes y una conciencia clara de nuestro papel activo en la construcción del futuro desde cada proyecto de vida que se teje dentro de cada alumno.

El problema actual es que debemos aumentar la calidad desde la personalización y eso requiere un enorme esfuerzo innovador. Para ello, contamos con conocimientos consolidados de cuáles son los procesos y medios que dan lugar a los mejores resultados educativos, que incluyen medidas estructurales, organizativas y curriculares. Pero en este concepto se esconden diversos significados, puntos de referencia y finalidades contrapuestas. Como prueba solo tenemos que contemplar las múltiples reformas legislativas, o la reducción al logro de mejores resultados en las evaluaciones externas, o en la exclusiva mejora de los procesos de gestión...

De ahí la imperiosa necesidad de reflexionar colectivamente como centro e institución sobre el propósito de la labor educativa, sin caer en recetas superficiales. Ese propósito que nos permita progresar hacia los ideales de verdad, belleza y bondad que anhelamos para cada niño, en paz, en libertad y con equidad, buscando el éxito de todos y cada uno (ALVIRA, 2016).

Tampoco es fácil acertar con la clave de lo que debe aprender un buen ciudadano del siglo XXI (en el terreno cognitivo, socio-afectivo, valores, espiritualidad y trascendencia...), que vivirá en una sociedad futura que estamos construyendo ya cada día y que tendrá que usar sus competencias con responsabilidad y libertad. En esta «era del conocimiento», la gran división se establece entre las sociedades o individuos capaces de producir avances con lo que saben y los que se limitan a recibir

información. Afortunadamente, el movimiento competencial pone una vez más de manifiesto que todos somos diferentes y que tenemos múltiples capacidades, distintas unos de otros, útiles todas ellas para vivir, con la certeza de que la educación necesaria hoy en día exige atención específica y personalizada para que cada estudiante alcance su mejor evolución.

Entendemos que una competencia es un atributo híbrido, ya que incluye una combinación de habilidades, conocimientos, experiencias y actitudes, que puede ser adquirida en todo tipo de contextos, formales, no formales e informales, de manera intencionada o no, y que sirve para resolver de forma adecuada una tarea en un contexto definido (European Commission, 2012). Las competencias se adquieren a través de experiencias educativas diversas, y necesitan de una mirada y un acompañamiento adecuado. Se trabajan en la familia, en el entorno social, en la escuela... Ámbitos que deben ir de la mano, profundamente relacionados para hacer plenamente efectiva la educación del niño.

La escuela tiene la misión de ayudar a cada uno a ser quien puede ser y a prepararle para que construya su vida utilizando todos sus recursos personales. Debe guiarle en la adquisición de unos aprendizajes que le van a resultar imprescindibles para desarrollar una vida plena y feliz. Nuestros centros escolares deben estar a su lado, conscientes de su responsabilidad, exigentes en su hacer, provocadores de sus capacidades. Para que el milagro suceda es imprescindible la educación, pero no cualquier educación. Es necesario despertar una nueva visión educativa y un acompañamiento adecuados que nunca parecen estar suficientemente desarrollados en el contexto escolar.

Aunque no es posible en estas páginas abordar el tema en su totalidad, es necesario analizar la educación hoy desde diversos ángulos para lograr una comprensión creciente del tema porque abarca toda la vida y requiere una redefinición de los momentos formativos, un valiente replanteamiento de los fines y de los métodos pedagógicos y, sobre todo, una actitud abierta y renovada, profesional, valiente y esperanzada por parte de los educadores.

De esta visión y misión de nuestras organizaciones educativas surge la necesidad de reconfigurar y cambiar porque innovar es una forma diferente de abordar las cosas para mejorarlas. Partimos de lo que somos y de la realidad vigente, estamos centrados en el alumnado y tenemos presentes nuestras raíces pedagógicas. A partir de ahí, reflexionamos, planificamos y compartimos aquello que llevamos a la práctica, haciendo seguimiento y evaluación constante, para volver siempre al inicio del proceso.

La innovación no es una actividad puntual. Se trata de un proceso participativo que se vive al contemplar la vida en las aulas, en el centro, en sus prácticas y en la organización, pero que solo funciona en movimiento (HERNANDO, 2015). Un

concepto vivo y universal del que aprendemos en otros ámbitos del conocimiento cuyo propósito es alterar la realidad vigente, modificando concepciones y actitudes, variando o transformando métodos e intervenciones, introduciendo novedades que parten del alumno y provocan cambios y mejoras en los distintos procesos educativos desde nuestra identidad. Porque sin problema que resolver, sin necesidad, sin desafíos o sin toma de conciencia y sueños de mejora compartidos, no hay innovación que merezca la pena vivirse.

También vemos que la innovación se desarrolla de un modo diferente en diversas circunstancias. Sin embargo, a pesar de las peculiaridades propias de cada ámbito y proyecto, existen principios comunes de los que podemos aprender de un modo coherente para nuestro proyecto de escuela.

Tenemos claro que no podemos innovar por lo que otros nos digan: debemos hacerlo «desde dentro», es decir, que surja de las mismas personas que lo vamos a llevar a cabo (ESTEVE, 2009). Tampoco se trata de olvidar el pasado porque tiene que servirnos para darnos «alas», impulso, para crecer, aprender, y seguir formándonos. Menos aún lo podremos hacer solos, porque nace del conocimiento y experiencia compartida de muchas personas que se implican en conseguir la misma misión de la organización. Así, no solo es necesario la lente angular del líder para intuir y prever el futuro, sino multitud de lentes reflexionando, llevando a la práctica, evaluando y volviendo a poner en acción distintas estrategias con el mismo objetivo.

3. Movimiento «Por la innovación educativa». Nuestro plan de acción

Somos conscientes y creemos firmemente en el poder de la educación para construir una sociedad mejor en nuestro contexto VUCA. Por ello, compartimos con el científico ALAN KEY que «el mejor modo de predecir el futuro es inventándolo». Y de esto saben mucho las escuelas innovadoras, puesto que nacen con unos distintivos muy claros en su cultura y funcionamiento que impulsan su potencial de cambio: una visión muy certera de cuál es su meta, un fuerte compromiso para conseguirla, y su identificación como organización que aprende (GATHER, 2000). Los centros educativos innovan a través de un sistema de aprendizajes coordinados entre la acción colectiva y la individual, donde su base de conocimiento parte de diversas fuentes (sociológica, psicológica, epistemológica y pedagógica, donde la inspiración de Ausubel, Dewey, Doman, Feuerstein, Gardner, Malaguzzi, Montessori, Perkins, Piaget, Swartz, Vygotski, etc. cobra mucho sentido), y tras contextualizar ese conocimiento y verlo con las gafas de su identidad y misión, lo ponen en práctica y lo evalúan en equipo para aprender de la experiencia a través de la reflexión y debate. Todo ello supone dar el primer paso creando las condiciones necesarias para el cambio.

En Escuelas Católicas contamos con las sólidas raíces que conforman nuestras instituciones, con una clara visión de lo que significa el liderazgo pastoral y pedagógico y con una consolidada comunidad educativa de la que todos sentimos que formamos parte. Ante esta visión educativa compartida, se está produciendo un proceso de reflexión profunda sobre nuestra misión como escuela católica desde los diferentes «carismas» en el mundo de hoy, que se materializa en las revisiones de los proyectos educativos con un enfoque prioritario hacia los modelos pedagógicos que den respuesta a las necesidades de los alumnos sin perder de vista la identidad del centro. Nuestras instituciones están dando pasos hacia modelos pedagógicos que (FERE-CECA, 2010):

- Fundamentan su proyecto educativo en la contextualización del carácter propio basado en los valores evangélicos;
- Reflexionan sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje centrado en el alumno;
- Orientan la acción educativa a la personalización del aprendizaje y para ello las TIC suponen un gran aliado a los procesos de enseñanza-aprendizaje, gestión y comunicación del centro;
- Actualizan y personalizan las programaciones didácticas para conectarlas con las líneas derivadas del proyecto educativo;
- Introducen metodologías activas/participativas en que el trabajo cooperativo es fundamental;
- Establecen el rol del docente como guía o mediador de un aprendizaje más autónomo del alumnado;
- Apuestan por trabajo en equipo de los docentes implicados en los procesos educativos, promoviendo experiencias interdisciplinares y globalizadas;
- Generan modelos de organización del centro al servicio del aprendizaje de los alumnos;
- Generan un estilo de liderazgo distribuido, basado en el compromiso y la participación de toda la comunidad educativa en la puesta en acción de la misión y visión del centro;
- Establecen redes de colaboración entre centros educativos y también con otras instituciones.

Y el profesorado es un elemento clave; numerosos estudios (como TALIS) muestran que la calidad del profesorado es uno de los factores que más influyen en el aprendizaje de los estudiantes (OCDE, 2019). Por tanto, apoyar y fortalecer una

profesión docente de calidad es una prioridad de nuestra sociedad y para conseguir este objetivo es fundamental conocer el ambiente de aprendizaje de los centros y las condiciones de trabajo del profesorado. Los centros educativos mejoran en la medida que lo hagan sus profesores, y esto solo ocurre si creamos las condiciones institucionales idóneas para favorecer programas de formación y acompañamiento de calidad, redes de cooperación, puesta en marcha de proyectos compartidos, y reflexión en equipo sobre la práctica educativa para ser profesores más competentes. Hoy no se entiende el trabajo de modo individual, como escuelas cerradas y únicas: el mundo global en el que vivimos nos llama a colaborar y crecer juntos como escuelas vivas, a crear puentes que refuercen la tarea que realizamos (HERNANDO, 2015).

Desde Escuelas Católicas seguimos adelante con nuestro profundo compromiso de apoyar y acompañar a los centros e instituciones en la revisión de los proyectos educativos, partiendo de su misión y visión, y de desarrollar formas más eficaces de trabajar por una mejora de la calidad de su oferta educativa a través de la actualización de los métodos de enseñanza que mejoren las oportunidades de aprendizaje y de la organización de programas de formación más eficaces que impacten en la práctica docente. No nos conformamos solo con formación, es necesario mover a la acción y a la puesta en práctica de lo aprendido, compartiendo reflexión, buenas prácticas y acompañamiento en el proceso.

Por ello, hace diez años pusimos en marcha el movimiento «Por la innovación educativa» que está protagonizado por una amplia comunidad de instituciones y docentes conectados de toda España con el objetivo de re-diseñar proyectos, generar recursos, compartir experiencias y comunicar éxitos, creando una red de escuelas innovadoras a través de la web y del blog, formación presencial y on-line, vídeos y conversaciones por Twitter con el hashtag #profesinnovadores. Desde sus comienzos, esta iniciativa cuenta con una muy numerosa comunidad de docentes (ya somos más de 15.000) que comparten experiencias de transformación e innovación educativa en sus propios colegios, con el impulso generado principalmente por los programas de formación «Profesores para el cambio y la innovación» (desde 2010 hasta 2014), «Profesores en Acción» (desde 2014 hasta 2019) y el novedoso «#profesinnovadores» (2019-2020). Estos programas han supuesto una oportunidad única para impulsar el trabajo de miles de equipos de educadores innovadores que están haciendo vivo el reto de transformar su didáctica para convertirse en las escuelas del siglo XXI. En este Movimiento tan especial, Escuelas Católicas comparte el camino con muchas instituciones (Misioneras de Nazaret, Compañía de María, Salesianos, Maristas, Hijas de la Caridad, Claretianos, Spínola, y un largo etc.) que comparten con tremenda generosidad su profunda experiencia en la gestión del cambio hacia la innovación pedagógica y pastoral.

El movimiento busca seguir dando apoyo a los proyectos educativos de los centros en la implantación de modelos pedagógicos innovadores, de liderazgo educativo y de renovación metodológica, que se enraízan en la identidad y la experiencia de cada

una de nuestras instituciones. Con el mismo espíritu que ha liderado el movimiento durante estos últimos diez años, Escuelas Católicas en colaboración con numerosas instituciones y docentes cree y trabaja por el objetivo de consolidar una trayectoria clara de innovación educativa.

El movimiento está ofreciendo una experiencia formativa enriquecida y renovada, práctica, personalizada y participativa, diseñada en nuevos escenarios de aprendizaje para contribuir a la mejora de las actividades que se desarrollen en el aula y generando un ambiente propicio para el «enganche emocional» a los muchos docentes y directivos que participan, puesto que ofrecemos formación y acompañamiento con fundamento y sentimiento, que trasmite conocimiento con emoción, experiencia y vinculación. Pero hace falta crear los efectos necesarios en la formación para que el participante haga suya la experiencia porque nuevas formas de aprender conllevan renovadas maneras de impartir la formación. Desde los inicios del movimiento se ha seguido un estilo propio, un nuevo paradigma formativo que nos acompaña y nos define. Algunas de sus claves son:

- muchas «preguntas estrella» que nos invitan a explorar y alcanzar los objetivos;
- una rigurosa y actualizada fundamentación pedagógica;
- «reflexionar para actuar» y «aprender haciendo» como «mantras» del movimiento;
- ejes transversales como el aprendizaje cooperativo, la cultura del pensamiento, la tecnología al servicio de la metodología y la evaluación de todos los procesos;
- diversidad de agentes educativos, de contenidos, e incluso de espacios, que se combinan para mejorar la efectividad de la formación y la transferencia al aula;
- ponencias inspiradoras al inicio de cada uno de los módulos de formación, talleres conjuntos y específicos para equipos directivos y docentes, y metacognición como cierre para iniciar el proceso siguiente;
- comunidad virtual de aprendizaje muy activa donde dejar evidencia y poner en común lo aprendido a través de las redes sociales, *Moodle* y especialmente del portfolio digital que realizan los participantes, porque aprendemos en comunidad y comunicamos lo que hacemos. Aquí merece una mención especial el documental realizado por Escuelas Católicas «Un viaje por la innovación educativa»;
- abriendo todavía más nuevos focos para la innovación observando lo que hacen otros compañeros a través de un extenso programa de visitas pedagógicas a centros, con más de 160 colegios visitados por toda la geografía española;
- y todo ello diseñado, impartido y organizado por el consolidado, comprometido

y generoso equipo de tutores del que tengo el honor de formar parte, el Departamento de Innovación Pedagógica de Escuelas Católicas;

La formación establece puentes entre los contenidos y las prácticas que configuran los pasos en la innovación pedagógica, que abarcan principalmente:

- la personalización del aprendizaje basado en que la enseñanza se adapta a las necesidades de cada alumno enfatizando la equidad y asegurando que todos tienen las mismas oportunidades de tener éxito (con los «paisajes de aprendizaje» desarrollados por Escuelas Católicas como enfoque metodológico principal, que ofrece una nueva forma de programar por Inteligencias Múltiples y la Taxonomía de Bloom);
- las herramientas para crear una cultura de la innovación que desarrolla claves desde la Neurociencia y la Pedagogía para activar, experimentar, consolidar y anclar el aprendizaje de los alumnos;
- la fuerza del liderazgo compartido, distribuido y transformador, con técnicas para llegar a ser un líder en el ámbito personal, relacional, en equipo y en comunidad;
- la evaluación como espacio de crecimiento, seguimiento y relación con los diferentes agentes (alumnos, profesores, familias), apoyada en protocolos para el acompañamiento docente (portfolio, reuniones, feedback) y herramientas para el proceso de evaluación-aprendizaje;
- y la fórmula de la creatividad para favorecer la flexibilidad cognitiva y la creación colectiva como actitud y forma de funcionar en el centro y en el aula.

Esta desafiante propuesta se dirige a directores y profesores en equipo que trabajan en un marco de transformación sistémica del currículum, roles, organización y espacios, desde la firme convicción de que el directivo o líder ha de ir de la mano del docente, con una visión compartida.

3.1. La innovación con sentido se planifica

Por el recorrido descrito hasta ahora puede parecer que, a día de hoy, todo el mundo habla de la necesidad de innovar y de que las innovaciones abundan. Del mismo modo, podríamos decir que uno de los principales problemas no es la ausencia de innovación en las escuelas, sino más bien la presencia de demasiados proyectos inconexos, episódicos y adornados de manera superflua, como nos advierte FULLAN (2012).

Este cambio de época que estamos viviendo nos cuestiona interrogantes como: «¿qué vale la pena aprender?». Preguntas difíciles de responder en un mundo en continuo proceso de transformación donde es muy fácil «perder el rumbo». Por eso, es tan importante afianzar la visión compartida del aprendizaje y preguntarnos ¿para qué cambiar?, y planificar acciones de mejora presentes y futuras que nos ayuden a llevarla a la práctica. En este contexto, el éxito de toda organización educativa reside en su capacidad de innovar, pero no de cualquier manera; para lograrlo, debemos decidir su «sentido».

Diversas investigaciones internacionales sobre cómo los centros escolares de éxito trabajan la gestión del cambio y la innovación demuestran que es necesario desarrollar una visión muy certera de cuál es su meta, junto con un proceso planificado de cambio fundamentado en la investigación científica, que responda a los retos, que esté contextualizado en cada escuela y produzca mejora del sistema, con reflexión y evaluación continua, dirigiéndolas al centro en su totalidad y con una profunda identificación como organización en proceso continuo de crecimiento. Estas escuelas parten de unas razones explícitas de por qué y para qué innovar, poniendo al alumno en el centro para conseguir que cada uno de ellos desarrolle un proyecto de vida, y desde estos fundamentos, reflexionan, planifican y comparten aquello que llevan a la práctica, haciendo seguimiento y evaluación constante, para volver al inicio del proceso. Y todo ello de manera colaborativa, con un fuerte compromiso de la comunidad educativa al completo, junto con un estilo de liderazgo distribuido y transformacional, compartido y generoso, donde se combina la acción colectiva y la individual. Estos centros no improvisan ni se someten a los dictados de la modernidad aceptando por buena cualquier transformación, por muy de moda que esté, sino que encuentran el equilibrio entre lo que les ofrece el futuro, sopesando a la vez lo que sigue siendo válido de su experiencia y trayectoria. Al mismo tiempo, hacen sostenible la innovación porque planifican sus acciones con creatividad y eficacia, sin perder de vista sus finalidades educativas.

Para hacerlo realidad hacen falta nuevas maneras de pensar y actuar crítica y creativamente, e incorporar estructuras, formas de liderazgo y organización de los centros y la comunidad educativa que posibiliten generar la cultura de innovación para el aprendizaje, entendida como el ecosistema que permite crecer a todos y cada uno de sus miembros en torno a un proyecto compartido, de tal forma que llegue a un punto en el que ya estará «infusionada» en los modos de pensar y actuar de los centros (DEL POZO et al., 2016). A su vez, es fundamental conseguir que los conocimientos que existen en los centros puedan ser compartidos y actualizados porque la innovación necesita aprendizaje tanto individual como colectivo (SENGE, 1992).

Tenemos claro que no hay «fórmulas mágicas» y que en la cultura de innovación para el aprendizaje lo importante es el proceso. Pero no partimos de cero; contamos con las sólidas raíces que conforman nuestros centros, con una clara visión de lo que

significa educar y con una consolidada comunidad educativa de la que nos sentimos parte. Ante esta visión compartida, se está produciendo en muchos colegios un proceso de reflexión profunda sobre la misión de la escuela en el mundo de hoy que se materializa en revisiones permanentes de los proyectos educativos al servicio del aprendizaje de los alumnos. Por tanto, no se trata de hacer borrón y cuenta nueva. Hay que poner en valor la experiencia y trayectoria de cada centro para que desde ahí se pueda planificar el cambio, pero cada uno el suyo, puesto que no hay recetas, lo importante es el camino que recorramos juntos. Todos sabemos que se hace camino al andar.

Los colegios innovan a través de un sistema de aprendizajes coordinados entre la acción colectiva y la individual, donde su base de conocimiento parte de muchas fuentes y, tras contextualizar ese conocimiento, ponen en práctica las transformaciones y las evalúan en equipo para aprender de la experiencia a través de la reflexión y debate en una retroalimentación constante del proceso. En este sentido, parte de una realidad determinada y tiene lugar «desde dentro», es decir, surge de los mismos individuos que la van a llevar a cabo (ESTEVE, 2009). Y para desarrollar este tipo de transformaciones, hay que tener una visión sistémica y estructural del cambio, que también impactará en la cultura del centro. Ese es el fin que perseguimos: dejar de hablar de innovación, porque habrá llegado a un punto en el que ya estará «infusionada» en los modos de pensar y actuar de los centros (DEL POZO et al., 2016).

Sabemos que para que las innovaciones tengan continuidad y arraigo deben hacerse dirigiéndolas al centro escolar en su totalidad, pensando en él y concibiéndolo como la verdadera unidad de cambio, donde las variables organizativas (planificación, seguimiento de los acuerdos, metodología del trabajo en equipo, utilización del espacio y del tiempo, resolución de conflictos, liderazgo distribuido...) tienen que ver con decisiones tomadas colaborativamente.

PETER SENGE escribe en «La Quinta Disciplina» (1992) que las organizaciones que aprenden aprovechan el compromiso de los miembros de la organización y su capacidad para aprender en beneficio de todos. Lo que plantea es que las organizaciones necesitan planificar, organizar, poner en marcha y mantener un sistema que permita conseguir que los conocimientos que existen en ellas puedan ser compartidos y actualizados para facilitar la innovación y el progreso continuos.

Para que podamos responder a estas dinámicas es imprescindible generar un determinado escenario organizativo en los centros, con estructuras más flexibles y abiertas, donde las personas trabajen principalmente en equipo con una mayor autonomía y responsabilidad, poniendo en práctica modelos de gestión y formación permanente basados en competencias. La innovación necesita aprendizaje y desarrollo de nuevos conocimientos y la gestión de la innovación exige gestionar adecuadamente el talento, tanto individual como colectivo. La formación clásica ya no es suficiente; es necesario implantar un sistema en el que estén presentes las

metodologías participativas, seguimiento, *coaching* y evaluación del impacto en la práctica docente, para que cada miembro de la organización pueda generar valor e innovación. Así, es necesario saber «quién lo hizo antes que yo, cómo le fue, qué funcionó y qué no funcionó, y por qué» (MARTÍNEZ ALDANONDO, 2010).

Estas escuelas tienen su propia atmósfera que las hace únicas y el estudio de su cultura nos ayuda a descubrir poco a poco la parte oculta del iceberg que pone alas a sus innovaciones. Estos centros no se someten a los dictados de la modernidad aceptando por buena cualquier transformación, sino que encuentran el equilibrio entre lo que les demanda el futuro, sopesando a la vez lo que sigue siendo válido de su experiencia y trayectoria, y hacen sostenible la innovación porque alcanzan, con creatividad y eficacia, sus finalidades educativas.

3.2. Pensamiento de Innovación Educativa (PIE) de Escuelas Católicas

Todos estos principios, analizados desde nuestra razón de ser, nos permiten plantearnos qué es innovación educativa para nuestras escuelas y lo que es más importante, cómo hacerlo eficazmente y de manera sistémica, sostenible, con toda la comunidad educativa. Así, consideramos que es una serie de reflexiones, investigaciones, decisiones, intervenciones y procesos, con un grado de intencionalidad y sistematización, que parten de un epicentro, el alumnado, mediante los cuales se trata de introducir y provocar de manera colectiva cambios en las prácticas educativas vigentes con el fin de mejorar.

En las Escuelas Católicas hemos sistematizado este proceso en un enfoque de trabajo, llamado PIE (Pensamiento de Innovación Educativa) que está resultando útil para acompañar la reflexión colectiva de centros e instituciones a la hora de diseñar su propia ruta de innovación de manera flexible y sostenible. El PIE es una práctica de pensamiento colectivo enfocado a la acción, que dirige las fuerzas de transformación en comunidad para mejorar desde su identidad hacia la construcción de una nueva escuela que se manifiesta cada día en una espiral de crecimiento sostenible y mejora continua. Este enfoque se inicia con la evaluación diagnóstica de centro e institucional de los procesos de innovación educativa y pastoral y recorre todos los pasos para la reflexión desde las cuatro transformaciones: el currículo, la metodología y la evaluación; la interacción profesor-alumno y del resto de la comunidad educativa en el proceso de enseñanza-aprendizaje; la organización y planificación pedagógica y los espacios de aprendizaje. Sobre estos pilares se lanzan otras cuatro preguntas: por qué, para qué, qué y cómo. Se confluye en la realización de la planificación del cambio partiendo del contexto e identidad de cada colegio o institución, en proceso de evaluación continua y reflexionando con otros. Así se puede generar un plan de acción compartido, escalonado, organizado y sistemático en virtud de los objetivos y recursos de cada uno. Son también temas clave para hacer frente a los desafíos a los que se

enfrentan las instituciones: el liderazgo transformacional y el desarrollo de la cultura de centro, los planes de contingencia para prevenir y resolver obstáculos, la planificación de recursos, los horarios y espacios, la selección de personal, la carrera docente, etc.

El PIE nos ayuda a comprender la importancia de establecer procesos de pensamiento para la puesta en práctica de los planes de innovación en un estado continuo de investigación-acción-reflexión en el que se ha de ver implicada la comunidad educativa como «organización que aprende». Todos somos aprendices de innovación educativa en este proceso.

Hemos publicado el PIE en un documento vivo y práctico, abierto y gratuito. Es un «cuaderno de bitácora» para que pueda ser trabajado en los claustros y que lo podamos escribir, rellenar, compartir y darle la vuelta, porque el camino hay que recorrerlo en comunidad para así descubrir lo que es vertebral de un colegio o institución y llevarlo a la acción con esa centralidad.

Nuestra propuesta no trata de ser un modelo cerrado, todo lo contrario, siempre estará en proceso continuo de revisión. Cada centro e institución debe encontrar su propio camino y para hacerlo realidad, hacen falta nuevas maneras de pensar y actuar crítica y creativamente así como incorporar estructuras, formas de liderazgo y organización de los centros y la comunidad educativa que posibiliten crecer a todos y cada uno de sus miembros en torno a un proyecto compartido. La innovación necesita aprendizaje y desarrollo de nuevos conocimientos y exige gestionar adecuadamente el talento, tanto individual como colectivo.

El PIE nos ayuda a reflexionar sobre los cambios que hay que ir introduciendo para seguir creciendo y así pasar a la acción mejorando nuestros procesos, comprendiendo y resolviendo las situaciones que nos afectan. Cada proyecto será un camino nuevo con muchas encrucijadas en las que habrá que ir tomando decisiones de manera colaborativa. No nos podemos olvidar que el PIE es principalmente un enfoque de pensamiento para llevar a la acción y no partimos de cero; llevamos en la mochila la tremenda experiencia en educación de los centros e instituciones que nos acompañan y alientan con urgencia a seguir en camino.

A través de un sencillo esquema, los equipos pueden reflexionar sobre los cambios que hay que ir introduciendo para seguir creciendo, y así pasar a la acción mejorando los procesos, comprendiendo y resolviendo las situaciones que nos afectan. Un enfoque que parte de la mirada y el análisis de cuatro fuentes:

- las ciencias sociológicas,
- las ciencias epistemológicas,
- la psicología y las ciencias del aprendizaje,

- la pedagogía y las ciencias de la enseñanza.

Esta visión del cambio parte de una profunda comprensión de estas fuentes en las que estamos inmersos, interpretadas desde nuestra identidad. Ellas nos señalan las transformaciones que tenemos que acometer en nuestras aulas e instituciones para educar el ideal de persona que tenemos explícito en nuestro carácter propio. Esta es la inteligencia contextual que nos permite comprender dónde estamos y a dónde queremos ir después de todo la propuesta de innovación ha de partir de aquí. El enfoque señala cuatro fases de reflexión:

- ¿Por qué?: origen y fundamentación.
- ¿Para qué?: finalidades y propósitos.
- ¿Qué?: naturaleza del cambio. Metas y objetivos.
- ¿Cómo?: actividades y tareas. Metodología.

Buscando la acción en cuatro dimensiones de transformación:

- El currículo, la metodología y la evaluación.
- La organización y planificación del centro.
- Los espacios y los tiempos.
- Los roles de alumnos, de profesores y del resto de la comunidad educativa.

Bajo el análisis de cuatro claves para la realización del proyecto:

- ¿Quién?: responsables.
- ¿Cuándo?: cronograma.
- ¿Con qué?: recursos.
- ¿Por dónde?: seguimiento, planes de contingencia y evaluación.

El enfoque se ha inspirado en metodologías activas, los principios universales del pensamiento para la innovación, la cultura de pensamiento, la metodología de proyectos o el pensamiento de diseño, entre otras, y en las cuatro transformaciones definidas por FERRÁN RUIZ en su libro «La nueva educación». «El Viaje a la escuela del siglo XXI» de ALFREDO HERNANDO también abrió nuestra mirada, así como la visión y experiencia de profesionales de instituciones y centros educativos que se encuentran unidos a nuestra red (Misioneras de Nazaret, Compañía de María, Salesianos, Maristas, Hijas de la Caridad, Claretianos...). Es un enfoque complementario al de otros modelos que utilizamos en los centros para la

planificación y mejora, como pueden ser los de calidad (por ejemplo, EFQM o el Sello de Calidad EC) y el PEI (Proyecto Educativo Institucional), ambos impulsados por Escuelas Católicas. Todas estas experiencias inspiradoras y otras muchas son las que han hecho posible la creación de este enfoque, que nace desde el corazón de nuestras instituciones y pretende estar en continuo crecimiento.

Los resultados de la reflexión contribuyen al proceso de realización de los distintos documentos del centro (PEC, PGA, MAC...). No se trata de hacer algo distinto, sino de incorporar procesos de reflexión conjunta de manera sistemática y organizada.

El PIE consta de 10 claves que garantizan la eficacia de la reflexión para la planificación de la innovación:

1. Centrado en el alumnado. Es el centro del proceso y del cambio. Antes de generar ideas hay que entender realmente cuál es el centro de este proceso, sus necesidades, intereses, problemas, a través de la observación, el diálogo y la reflexión.
2. Parte de nuestra identidad. Toda innovación tiene que partir desde lo que somos. Eso es lo que da sentido a nuestro hacer. Volver a nuestras raíces e identificar de manera clara la esencia innovadora del pensamiento pedagógico presente en la espiritualidad de nuestra institución: el Evangelio y las orientaciones dadas por nuestros fundadores, enriquecidas y reformuladas a lo largo de nuestra historia. La innovación nace desde dentro.
3. Abierto a la sociedad y al mundo. Miramos hacia dentro, pero también hacia fuera. Conscientes de la importante función social de la escuela, el enfoque ayudará a establecer el impacto deseado que tendrá nuestra acción en la transformación de la sociedad desde los valores del Evangelio. Somos agentes de cambio, y desde ahí surge también nuestro PIE. Partimos de distintos contextos, de su análisis, pero todos con la finalidad de contribuir a una sociedad más justa y un mundo más humano.
4. Participativo. Busca la co-creación y transformar la cultura de centro. Se promueve la participación de toda la comunidad educativa desde una única visión, fortaleciendo a todos los agentes en el proceso de transformación. Proponemos co-crear y hacer de la innovación parte de la cultura de tu centro.
5. Enfoque de acción. PIE no es un enfoque analítico, es de acción. La intención es introducir mejoras, de manera rápida, sobre las ideas o conceptos que se estén desarrollando. Es importante entenderlo desde la proyección, experimentación e investigación-acción, basado en las herramientas, técnicas y principios para la innovación que hemos visto hasta aquí.
6. Trabaja desde la cultura de pensamiento. A través de distintas herramientas,

proponemos un proceso de reflexión que ayude a definir y trazar la propia ruta de innovación. Con ellas se estimula el pensamiento crítico, creativo, reflexivo. Proponemos mirar más allá de lo conocido, traspasar los límites, hacerse preguntas...

7. Organizado con herramientas participativas, visuales y tangibles. Fácil de comunicar. El enfoque trabaja con un lenguaje visual, permitiendo tratar la información ayudándose de imágenes, organizadores gráficos y palabras que permitan la comprensión del mismo. Mediante las imágenes se pueden identificar problemas, buscar soluciones, encontrar relaciones entre conceptos... todo ello de una forma más sencilla que si usáramos solo el lenguaje oral o escrito.
8. Da importancia al proceso, no solo al resultado. Tener claras las fases, las herramientas que se han de utilizar, nos llevará a ir teniendo cada vez más claras las ideas y el camino que se debe seguir, porque de ahí saldrán las líneas de innovación y su proyección.
9. Detrás del proceso hay personas. Personas que deben trabajar en equipo y de manera coordinada. Personas que van a ser las protagonistas del proceso y quienes conseguirán ponerlo en marcha. El enfoque a través de la reflexión sobre la práctica lleva a la mejora y cambio de la organización y de las competencias personales y profesionales de todos los agentes implicados.
10. Evaluación permanente, para un crecimiento continuo. Hacer sostenible la innovación educativa es su último fin. Con este enfoque se favorece el seguimiento y evaluación continua, permitiendo el crecimiento, la mejora permanente y la posibilidad de reajuste en todo momento del proceso.

Para la puesta en acción del PIE debemos entender que el PIE no se trata de un proceso lineal basado en un encadenamiento de acciones, sino de un enfoque de actuación flexible y adaptativo para la identificación de retos, delimitación de focos de actuación y construcción de los mismos. Saltamos de una fase a otra arrastrando las acciones realizadas, escogidas estas según el caso concreto o problema específico al que nos enfrentamos. No hay una fórmula exacta ni específica para la selección de herramientas que abundan en la publicación del PIE, así como la cantidad de las mismas. En cada situación o reto a desarrollar se irán tomando aquellas que nos ayuden a caminar hacia delante en la ideación del proyecto. El enfoque crece en espiral, permitiendo la retroalimentación en la búsqueda del siguiente reto e innovación; crece pequeño, pero poco a poco evoluciona generando una cultura innovadora de centro.

Deseo que con la lectura de estas páginas podáis alcanzar una visión clara del camino para acometer transformaciones educativas flexibles, sostenibles y participativas en vuestros centros e instituciones. Desde la red que conforma Escuelas Católicas os

invitamos a seguir en camino para que juntos, busquemos respuestas «con sentido». Con vuestro apoyo, queremos seguir difundiendo avances y ampliar el impulso a muchas más instituciones, profesores, equipos directivos y de orientación para seguir generando Movimiento por la Innovación Educativa.

Referencias bibliográficas

- ALVIRA, J. M. (2016) «¿Intuición o formación?» *Revista Educadores*. N.º 258, pp. 64-65. Madrid: FERE-CECA.
- DEL POZO, M. et. al. (2016). *Aprender hoy y liderar mañana*. Barcelona: tekman Books. 2016.
- ESTEVE, J. M. «La formación de profesores». *Revista de educación*. N.º 350, pp. 15-30. Madrid: Ministerio de Educación.
- EUROPEAN COMMISSION (2012). *Developing Key Competences at School in Europe: Challenges and opportunities for Policy. Eurydice Report*. Luxemburgo: Publications Office of the European Union.
- FERE-CECA (2010). *Proyecto Educativo institucional (PEI)*. Madrid: FERE-CECA.
- FERE-CECA. (2019). *PIE. Pensamiento de Innovación Educativa. Guía para impulsar proyectos de innovación pedagógica de centro e institución*. Madrid: FERE-CECA.
- FULLAN, M. (2012). *Los nuevos significados del cambio*. Barcelona: Octaedro. 2.ª ed.
- GATHER, M. (2004). *Innovar en el seno de la institución escolar*. Barcelona: Graó.
- HARGREAVES, A. & FULLAN, M. *Professional capital. Transforming teaching in every school*. New York.



Lectio Divina

El esperado de las gentes²¹

La presentación del Niño en el templo (Lc 2, 22-40)

Oración inicial

¡Oh Dios, nuestro Creador y Padre! Tú has querido que tu Hijo, engendrado antes de la aurora del mundo, fuese miembro de una familia humana; revive en nosotros la veneración por el don y el misterio de la vida, para que los padres se sientan partícipes de la fecundidad de tu amor, los ancianos donen a los jóvenes su madurasabiduría y los hijos crezcan en sabiduría, piedad y gracia, para gloria de tu Santo Nombre. Amén.

Lectura: Lucas 2, 22-40

²² Cuando se cumplieron los días en que debían purificarse, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, ²³ como está escrito en la Ley del Señor: *Todo varón primogénito será consagrado al Señor* ²⁴ y para ofrecer en sacrificio *un par de tórtolas o dos pichones*, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor.

²⁵ Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Era un hombre justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo.

²⁶ El Espíritu Santo le había revelado que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. ²⁷ Movido por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, ²⁸ le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

²⁹ «Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz;

³⁰ porque han visto mis ojos tu salvación,

³¹ la que has preparado a la vista de todos los pueblos,

³² luz para iluminar a las gentes y gloria de tu pueblo Israel.»

²¹ Orden de los Carmelitas.

³³ Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. ³⁴ Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: «Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción ³⁵ –¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!– a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.»

³⁶ Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada. Casada en su juventud, había vivido siete años con su marido, ³⁷ y luego quedó viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. ³⁸ Presentándose en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

³⁹ Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. ⁴⁰ El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.

Un momento de silencio orante

Para que la Palabra de Dios pueda morar en nosotros y ladejemos iluminar nuestra vida;

Para que antes de nuestros comentarios, sea la misma luz de la Palabra la que se imponga y brille con su misterio de presencia viviente del Señor.

Algunas preguntas para ayudarnos en la meditación y en la oración

¿Por qué Jesús, hijo del Altísimo, y su madre María, concebidas sin pecado, deben someterse a las prescripciones de Moisés?

¿Quizás porque María no tenía todavía conciencia de su inocencia y santidad?

Además de las palabras de Simeón, en su forma de obrar, como también en el de la profetisa Ana ¿hay un significado especial? Su obrar y su alegría, ¿no recuerdan quizás el estilo de los antiguos profetas?

¿Cómo explicar esta "espada que traspasa": se trata de una herida de las conciencias ante los retos y los requerimientos de Jesús? ¿O, más bien, se trata sólo de un íntimo sufrimiento de la Madre?

¿Puede significar algo esta escena para los padres de hoy, para la formación religiosa de sus hijos, para el proyecto que Dios tiene sobre cada uno de sus hijos, para los

miedos y angustias que los padres llevan en el corazón pensando qué sucederá cuando sean grandes sus hijos?

Una clave de lectura para aquéllos que quieran profundizar más en el tema

a) Según la ley de Moisés / del Señor: es una especie de estribillo, muchas veces repetido. Lucas mezcla dos prescripciones, sin muchadistinción. La purificación de la madre era prevista por el *Levítico* (12,2-8) y se cumplía cuarenta días después del parto. Hasta ese momento la mujer no podía acercarse a los lugares sagrados, y la ceremonia era acompañada de una ofrenda de animales pequeños, un cordero primal y un pichón o una tórtola. Sin embargo la consagración del primogénito estaba prescrita en el *Éxodo* 13, 11- 16: y era considerada una especie de "rescate" – también con la ofrenda de pequeños animales – en recuerdo de la acción salvífica de Dios cuando libró a los israelitas de la esclavitud de Egipto. En toda la escena los padres aparecen como en el acto de presentar / ofrecer el hijo como se hacía con las víctimas y los levitas; mientras en la figura de Simeón y Ana aparece más bien Dios que ofrece/presenta al hijo para la salvación del pueblo.

b) Las figuras de Simeón y Ana: son figuras cargadas de valor simbólico. Ellos tienen la tarea del *reconocimiento*, que proviene tanto de la iluminación y del movimiento del Espíritu, como también de una vida llevada en la espera más intensa y confiada. En particular a *Simeón* se le define como el "prosdekòmenos", a saber, uno que está todo concentrado en la espera, uno que va al encuentro para acoger. Por eso, él también aparece obediente a la ley, la del Espíritu, que lo empuja hacia el Niño, dentro del templo. También el cántico proclama manifiestamente esta su pro- existencia: ha vivido para llegar a este momento: ahora se marcha, para que otros vean también la luz y la salvación para Israel y para las gentes. A su vez Ana, con su avanzada edad (valor simbólico : $84 = 7 \times 12$: el doce es el número de las tribus; o también $84 - 7 = 77$, perfección redoblada), pero sobretodo con su modo de vivir (ayuno y oración) y con la proclamación de quien "esperaba", completa el cuadro. Ella es guiada por el espíritu de profecía, dócil y purificada en el corazón. Además, pertenece a la tribu más pequeña, la de Aser: signo de que los pequeños y los débiles están más dispuestos a reconocer a Jesús el Salvador. Estos dos ancianos –que son como una pareja original– son símbolos del mejor judaísmo, de la Jerusalén fiel y dócil, que espera y se alegra, y queda desde ahora en adelante brillar la nueva luz.

c) Una espada que traspasa: en general se interpreta como anuncio de sufrimiento para María, un drama visualizado de la Dolorosa. Pero debemos más bien entender aquí a la Madre como el símbolo de Israel: Simeón intuye el drama de su pueblo, que será profundamente herido de la palabra viva y cortante del redentor (cfr Lc 12, 51-53). María representa el recorrido. Debe confiar pero atravesará dolores y obscuridad, luchas y silencios angustiosos. La historia del Mesías sufriente será dilacerante para

todos, también para la Madre: no se sigue a la nueva luz destinada al mundo entero, sin pagar el precio, sin ser provocados a tomar decisiones de riesgo, sin renacer siempre de nuevo de lo alto y en novedad. Pero estas imágenes de "la espada que traspasa," del niño "que hará caer" y sacará a los corazones del sopor, no van separadas del gesto tan cargado de sentido de los dos ancianos: el uno, Simeón, toma entre los brazos el niño, para indicar que la fe es encuentro y abrazo, no idea o teorema: la otra, se hace anunciadora y enciende en "los que esperan" una fulgurante luz.

d) La vida cotidiana, epifanía de Dios: finalmente, es interesante notar que todo el episodio da relieve a las situaciones más simples y familiares: la pareja de esposos con el niño en brazos; el anciano que goza y abraza; la anciana que reza y anuncia, los oyentes que aparecen indirectamente comprometidos. También la conclusión del pasaje escriturístico hace entrever el pueblo de Nazaret, el crecimiento del niño en un contexto normal, la impresión de un niño dotado de forma extraordinaria de sabiduría y bondad. El tema de la sabiduría entrelazada con la vida normal de crecimiento y en el contexto del pueblo, deja la historia como suspendida: ella se reabrirá precisamente con el tema de la sabiduría del muchacho entre los doctores del templo. Y es precisamente también el episodio que sigue inmediatamente (Lc 2, 41-52).

Oración final

Te alabamos y Te bendecimos, oh Padre, porque mediante tu Hijo, nacido de mujer por obra del Espíritu Santo, nacido bajo la ley, nos has rescatado de la ley y has llenado nuestra existencia de luz y esperanza nueva. Haz que nuestras familias sean acogedoras y fieles a tus proyectos, ayuden y sostengan en los hijos los sueños y el nuevo entusiasmo, lo cubran de ternura cuando sean frágiles, lo eduquen en el amor a Ti y a todas las criaturas. A Ti nuestro Padre, todo honor y gloria.

El anaquel

El sínodo: comunión, participación y misión²²

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas:

Gracias por estar aquí, en la apertura del Sínodo. Han venido por muchos caminos y de muchas Iglesias, llevando cada uno en el corazón preguntas y esperanzas, y estoy seguro de que el Espíritu nos guiará y nos dará la gracia para seguir adelante juntos, para escucharnos recíprocamente y para comenzar un discernimiento en nuestro tiempo, siendo solidarios con las fatigas y los deseos de la humanidad. Reitero que el Sínodo no es un parlamento, que el Sínodo no es un sondeo de las opiniones; el Sínodo es un momento eclesial, y el protagonista del Sínodo es el Espíritu Santo. Si no está el Espíritu, no habrá Sínodo.

Vivamos este Sínodo en el espíritu de la oración que Jesús elevó al Padre con vehemencia por los suyos: «Que todos sean uno» (*Jn 17,21*). Estamos llamados a la unidad, a la comunión, a la fraternidad que nace de sentirnos abrazados por el amor divino, que es único. Todos, sin distinciones, y en particular nosotros Pastores, como escribía san Cipriano: «Debemos mantener y defender firmemente esta unidad, sobre todo los obispos, que somos los que presidimos en la Iglesia, a fin de probar que el mismo episcopado es también uno e indiviso» (*De Ecclesiae catholicae unitate*, 5). Por eso, caminamos juntos en el único Pueblo de Dios, para hacer experiencia de una Iglesia que recibe y vive el don de la unidad, y que se abre a la voz del Espíritu.

Las palabras clave del Sínodo son tres: *comunión, participación y misión*. Comunión y misión son expresiones teológicas que designan el misterio de la Iglesia, y es bueno que hagamos memoria de ellas. El Concilio Vaticano II precisó que la *comunión* expresa la naturaleza misma de la Iglesia y, al mismo tiempo, afirmó que la Iglesia ha recibido «la *misión* de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino» (*Lumen gentium*, 5). La Iglesia, por medio de esas dos palabras, contempla e imita la vida de la Santísima

²² Discurso del papa Francisco en el Momento de reflexión para el inicio del proceso sinodal en Roma, 9 de octubre de 2021.

Trinidad, misterio de comunión *ad intra* y fuente de misión *ad extra*. Después de un tiempo de reflexiones doctrinales, teológicas y pastorales que caracterizaron la recepción del Vaticano II, san Pablo VI quiso condensar precisamente en estas dos palabras —comunión y misión— «las líneas maestras, enunciadas por el Concilio». Conmemorando la apertura, afirmó en efecto que las líneas generales habían sido «la comunión, es decir, la cohesión y la plenitud interior, en la gracia, la verdad y la colaboración [...], y la misión, que es el compromiso apostólico hacia el mundo contemporáneo» (*Ángelus*, 11 octubre 1970), que no es proselitismo.

Clausurando el Sínodo de 1985 —veinte años después de la conclusión de la asamblea conciliar—, también san Juan Pablo II quiso reafirmar que la naturaleza de la Iglesia es la *koinonía*; de ella surge la misión de ser signo de la íntima unión de la familia humana con Dios. Y añadía: «Es sumamente conveniente que en la Iglesia se celebren Sínodos ordinarios y, llegado el caso, también extraordinarios». Estos, para que sean fructíferos, tienen que estar bien preparados; «es preciso que en las Iglesias locales se trabaje en su preparación con la participación de todos» (*Discurso en la clausura de la II Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos*, 7 diciembre 1985). Esta es la tercera palabra, *participación*. Si no se cultiva una praxis eclesial que exprese *la sinodalidad de manera concreta* a cada paso del camino y del obrar, promoviendo la implicación real de todos y cada uno, la comunión y la misión corren el peligro de quedarse como términos un poco abstractos. Quisiera decir que celebrar un Sínodo siempre es hermoso e importante, pero es realmente provechoso si se convierte en expresión viva del ser Iglesia, de un actuar caracterizado por una participación auténtica.

Y esto no por exigencias de estilo, sino de fe. La participación es una exigencia de la fe bautismal. Como afirma el apóstol Pablo, «todos nosotros fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo» (1 Co 12,13). En el cuerpo eclesial, el único punto de partida, y no puede ser otro, es el Bautismo, nuestro manantial de vida, del que deriva una idéntica dignidad de hijos de Dios, aun en la diferencia de ministerios y carismas. Por eso, todos estamos llamados a participar en la vida y misión de la Iglesia. Si falta una participación real de todo el Pueblo de Dios, los discursos sobre la comunión corren el riesgo de permanecer como intenciones piadosas. Hemos avanzado en este aspecto, pero todavía nos cuesta, y nos vemos obligados a constatar el malestar y el sufrimiento de numerosos agentes pastorales, de los organismos de participación de las diócesis y las parroquias, y de las mujeres, que a menudo siguen quedando al margen. ¡La participación de todos es un compromiso eclesial irrenunciable! Todos los bautizados, este es el carné de identidad: el Bautismo.

El Sínodo, al mismo tiempo que nos ofrece una gran oportunidad para una conversión pastoral en clave misionera y también ecuménica, no está exento de *algunos riesgos*. Cito tres de ellos. El primero es el *formalismo*. Un Sínodo se puede reducir a un evento extraordinario, pero de fachada, como si nos quedáramos mirando la hermosa fachada de una iglesia, pero sin entrar nunca. En cambio, el Sínodo es un itinerario de discernimiento espiritual efectivo, que no emprendemos para dar una imagen bonita

de nosotros mismos, sino para colaborar mejor con la obra de Dios en la historia. Por tanto, si hablamos de una Iglesia sinodal no podemos contentarnos con la forma, sino que necesitamos la sustancia, los instrumentos y las estructuras que favorezcan el diálogo y la interacción en el Pueblo de Dios, sobre todo entre los sacerdotes y los laicos. ¿Por qué subrayo esto? Porque a veces hay cierto elitismo en el orden presbiteral que lo hace separarse de los laicos; y el sacerdote al final se vuelve el “dueño del cotarro” y no el pastor de toda una Iglesia que sigue hacia adelante. Esto requiere que transformemos ciertas visiones verticalistas, distorsionadas y parciales de la Iglesia, del ministerio presbiteral, del papel de los laicos, de las responsabilidades eclesiales, de los roles de gobierno, entre otras.

Un segundo riesgo es el *intelectualismo* —es decir, la abstracción; la realidad va por un lado y nosotros con nuestras reflexiones vamos por otro—, convertir el Sínodo en una especie de grupo de estudio, con intervenciones cultas pero abstractas sobre los problemas de la Iglesia y los males del mundo; una suerte de “hablar por hablar”, donde se actúa de manera superficial y mundana, terminando por caer otra vez en las habituales y estériles clasificaciones ideológicas y partidistas, y alejándose de la realidad del Pueblo santo de Dios y de la vida concreta de las comunidades dispersas por el mundo.

Por último, puede surgir la tentación del *inmovilismo*. Es mejor no cambiar, puesto que «siempre se ha hecho así» (Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, 33) —esta palabra es un veneno en la vida de la Iglesia, “siempre se ha hecho así”—. Quienes se mueven en este horizonte, aun sin darse cuenta, caen en el error de no tomar en serio el tiempo en que vivimos. El riesgo es que al final se adopten soluciones viejas para problemas nuevos; un pedazo de tela nueva, que como resultado provoca una rotura más grande (cf. Mt 9,16). Por eso, es importante que el camino sinodal lo sea realmente, que sea un proceso continuo; que involucre —en fases diversas y partiendo desde abajo— a las Iglesias locales, en un trabajo apasionado y encarnado, que imprima un estilo de comunión y participación marcado por la misión.

Por tanto, vivamos esta ocasión de encuentro, escucha y reflexión como *un tiempo de gracia*, hermanos y hermanas, un tiempo de gracia que, en la alegría del Evangelio, nos permita captar al menos *tres oportunidades*. La primera es la de encaminarnos *no ocasionalmente sino estructuralmente* hacia una *Iglesia sinodal*; un lugar abierto, donde todos se sientan en casa y puedan participar. El Sínodo también nos ofrece una oportunidad para ser *Iglesia de la escucha*, para tomarnos una pausa de nuestros ajetreos, para frenar nuestras ansias pastorales y detenernos a escuchar. Escuchar el Espíritu en la adoración y la oración. ¡Cuánto nos hace falta hoy la oración de adoración! Muchos han perdido no sólo la costumbre, sino también la noción de lo que significa adorar. Escuchar a los hermanos y hermanas acerca de las esperanzas y las crisis de la fe en las diversas partes del mundo, las urgencias de renovación de la vida pastoral y las señales que provienen de las realidades locales. Por último, tenemos la oportunidad de ser una *Iglesia de la cercanía*. Volvamos siempre al estilo de Dios, el

estilo de Dios es cercanía, compasión y ternura. Dios siempre ha actuado así. Si nosotros no llegamos a ser esta Iglesia de la cercanía con actitudes de compasión y ternura, no seremos la Iglesia del Señor. Y esto no sólo con las palabras, sino con la presencia, para que se establezcan mayores lazos de amistad con la sociedad y con el mundo. Una Iglesia que no se separa de la vida, sino que se hace cargo de las fragilidades y las pobrezas de nuestro tiempo, curando las heridas y sanando los corazones quebrantados con el bálsamo de Dios. No olvidemos el estilo de Dios que nos ha de ayudar: la cercanía, la compasión y la ternura.

Queridos hermanos y hermanas, que este Sínodo sea un tiempo habitado por el Espíritu. Porque tenemos necesidad del Espíritu, del aliento siempre nuevo de Dios, que libera de toda cerrazón, revive lo que está muerto, desata las cadenas y difunde la alegría. El Espíritu Santo es Aquel que nos guía hacia donde Dios quiere, y no hacia donde nos llevarían nuestras ideas y nuestros gustos personales. El padre Congar, de santa memoria, recordaba: «No hay que hacer *otra Iglesia*, pero, en cierto sentido, hay que hacer una *Iglesia otra*, distinta» (*Verdadera y falsa reforma en la Iglesia*, Madrid 2014, 213). Y esto es un desafío. Por una “Iglesia distinta”, abierta a la novedad que Dios le quiere indicar, invoquemos al Espíritu con más fuerza y frecuencia, y dispongámonos a escucharlo con humildad, caminando juntos, tal como Él —creador de la comunión y de la misión— desea, es decir, con docilidad y valentía.

Ven, Espíritu Santo. Tú que suscitas lenguas nuevas y pones en los labios palabras de vida, líbranos de convertirnos en una Iglesia de museo, hermosa pero muda, con mucho pasado y poco futuro. Ven en medio nuestro, para que en la experiencia sinodal no nos dejemos abrumar por el desencanto, no diluyamos la profecía, no terminemos por reducirlo todo a discusiones estériles. Ven, Espíritu Santo de amor, dispón nuestros corazones a la escucha. Ven, Espíritu de santidad, renueva al santo Pueblo fiel de Dios. Ven, Espíritu creador, renueva la faz de la tierra. Amén.



Historias de probada juventud

Aquella primera clase

Era el primer día de clase. El catedrático de “*Ética de la vida*” entró en el aula y pidió el nombre de uno de los que estaban sentados en primera fila.

- Me llamo José María.

- ¡Fuera de mi clase y no vuelvas nunca más!, gritó el profesor con un tono borde que no admitía réplicas.

José María, desconcertado, sin entender nada de lo que pasaba, recogió sus cosas y salió del aula... Todos estaban asustados e indignados, pero nadie se atrevió a decir nada.

- Muy bien. Vamos a empezar. ¿Para qué sirven las leyes?

Los estudiantes, temerosos, no osaban musitar palabra pero, espaciadamente, fueron aportando sus contestaciones.

- Para que haya orden en la sociedad, para cumplirlas, para que las personas que delinquen paguen por sus acciones...

- ¡No, no y no! ¿A alguien se le ocurre alguna otra respuesta?

- Para que se haga justicia, dijo una muchacha disimulando su timidez.

- ¡Menos mal! ¿Y qué es la justicia?

Todos estaban molestos y hartos por la vil actitud y prepotencia del nuevo profesor. Alguno acarició la silla con no muy honestas intenciones.

- La justicia puede servir para salvar los derechos humanos, para diferenciar el bien del mal, para recompensar al que hace el bien...

- No está mal; pero respóndame a esta pregunta: “¿He actuado yo correctamente al expulsar de clase a José María?”. Quiero una respuesta por unanimidad.

- ¡No!, contentaron todos como en un grito.

- ¿Se podría decir que he cometido una injusticia?

- ¡¡¡Sí!!!

- Y, ¿por qué nadie hizo nada al respecto? ¿Para qué queremos las leyes, si no tenemos la voluntad y la determinación necesaria para cumplirlas? Cada uno de ustedes tiene la obligación de actuar cuando es testigo de una injusticia. ¡Todos! ¡No vuelvan a aprobar con su silencio que se den actos de injusticia! Vayan a buscar a José María. Después de todo, él es el maestro, yo un estudiante de otro período, un catedrático de la “*Ética de la vida*”. Aprendan que cuando no defendemos nuestros derechos, se pierde la dignidad y la dignidad es innegociable y difícil de recuperar.

Aquella primera clase, áspera e inexplicable, resultó en su dureza *una historia de probada juventud*.

Isidro Lozano

Apasionados X LA VIDA

Campaña Pastoral 2021-22

salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

ENCUENTRO CUIDADO ESPERANZA